

BOLSILIBROS

Oeste

se

OESTE
LEGENDARIO

Lou Carrigan

SE BUSCA POR ASESINO



Lectulandia

No obstante, dos hombres, empuñando sendos rifles, soportaban con manifiesta impavidez la ingratitud del tiempo. Aquello pasaría pronto. En Texas no acostumbraba a llover así, y menos en aquella parte. De un momento a otro, inesperadamente, dejaría de llover, aparecería la luna y las estrellas, y el cielo de Texas recobraría su romántica belleza.

Lectulandia

Lou Carrigan

Se busca por asesino

Oeste Legendario - 45

ePub r1.0

Titivillus 26.06.2019

Título original: *Se busca por asesino*
Lou Carrigan, 1989

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

SE BUSCA POR ASESINO

LOU CARRIGAN

PRELUDIO

El aguacero proseguía, incansable, terco. Formaba una espesa valla de agua que caía mansa, continuamente.

La visibilidad era casi imposible en la lluviosa noche.

No obstante, dos hombres, empuñando sendos rifles, soportaban con manifiesta impavidez la ingratitud del tiempo. Aquello pasaría pronto. En Texas no acostumbraba a llover así, y menos en aquella parte. De un momento a otro, inesperadamente, dejaría de llover, aparecería la luna y las estrellas, y el cielo de Texas recobraría su romántica belleza.

Uno de aquellos hombres gruñó:

—¿Crees que llegará hoy?

—Claro. Así nos lo ha dicho el jefe, ¿no?

—¿Qué diablos puede saber el jefe?

—No seas idiota, Barton. Cuando el jefe dice una cosa, es que esa cosa es cierta. ¿Alguna vez han fallado sus planes, cuando nos ha ordenado hacer algo?

—No, pero...

—¡Chist!

No era el galope de un caballo lo que había hecho chistar a Lefty, sino la sombra oscura que se recortó en el camino, muy difuminadamente, imposible de reconocer, de distinguir.

Los cascos del caballo que montaba el viajero parecían actuar de ventosas en la empapada tierra del camino, produciendo un peculiar ruido de chasquido.

El jinete iba muy despacio, tranquilo, como si estuviese disfrutando del más agradable de los paseos. Cuando estuvo más cerca, su silueta destacó más, aunque sólo para delatar su sombrero de alas cortas y abarquilladas y el húmedo brillo del impermeable con que se cubría.

Era un simple contorno, una silueta.

Esto hizo susurrar a Lefty.

—¿Crees que puede ser él?

—¿Quién si no?

—Pues... Bueno, yo creo que ese hombre puede ser cualquiera. ¿Por qué ha de ser el nuestro, precisamente?

—Cállate ya, Lefty. Apunta bien. Al corazón.

—De acuerdo.

El jinete continuaba su lento, tranquilo avance. Diríase que le gustaba cabalgar bajo la lluvia.

De pronto, dos gruesas hilachas rojizas partieron de los matorrales de la izquierda del camino, acompañadas de dos potentes estampidos.

El caballo relinchó, dolorido, levantándose sobre las patas traseras. El hombre que lo montaba cayó al suelo, quedando totalmente absorbido por la negrura.

El caballo también cayó, por fin, al suelo, a poca distancia de su derribado jinete, relinchando en forma lastimosa.

Entre los matorrales, Lefty preguntó:

—¿Estará muerto?

—Seguro.

—Pero uno de los balazos no le ha acertado; se ha clavado en el caballo.

—Habrá sido el tuyo. Yo estoy seguro de haberle acertado en el corazón a él. Vamos a rematarlo. Y al animal. Me da pena ver sufrir a un caballo.

—Espera, Barton. Puede que el hombre esté vivo...

—Deja ya de decir idioteces, Lefty. Esta noche has dicho más que en todos los días de tu vida juntos.

—Como quieras. Pero tú sabes que el hombre que esperábamos es muy peligroso.

—Nadie es peligroso con un balazo de Winchester en el corazón. Vamos ya.

Salieron de su escondite, acercándose con prudente cautela. Al llegar junto al caballo, Barton apoyó la boca del cañón de su rifle en una oreja del animal y apretó el gatillo.

—Ya no sufre —comentó.

El agua continuaba cayendo.

Barton movió la palanca del Winchester; saltó un cartucho, y uno nuevo se introdujo en la recámara, listo para matar.

—Ahora el hombre —rió Barton—. Tu peligroso pistolero, Lefty.

—¿De qué te ríes? Tú has oído contar de él las mismas cosas que yo. Seguro que no te hubieses atrevido a desafiarle de frente.

—¿Insinúas que soy cobarde?

—Eso es. Y un asesino. Igualito que yo, Barton. El tipo que hemos matado sí que no era un asesino, aunque se le busque por eso. Ése era un tío con más corazón que cuerpo, y con toda la razón de su parte. Comprendo que el jefe temblase sólo de pensar que pudiera llegar hasta él.

—Menos charla, Lefty, y a nuestro trabajo.

Lefty rió.

—¡Nuestro trabajo! Asesinar. Buen oficio, ¿eh, Barton?

—Cállate ya, maldito. Oye: ¿tú lo ves?

Se había ido acercando al lugar donde cayera el desprevenido jinete con una bala en el corazón, según certidumbre de Barton, Pero por allí no se veía a nadie.

—¡Diantre, ese tipo no está muer...!

Cuando comprendieron la verdad ya era demasiado tarde para ellos.

Unos metros más allá habló un Colt 45, dirigiendo palabras de muerte a Lefty y Barton, dos asesinos profesionales. Las rojizas estrías iluminaron fugacísimamente el tenso rostro de un hombre, con las mandíbulas crispadas, los labios fruncidos, los ojos entrecerrados.

El hombre estaba tendido en el suelo, completamente encharcado en agua y fango... y su propia sangre.

Los dos hombres que le habían tendido la emboscada parecieron bailar al recibir cada uno tres plomos, tan rapidísimamente disparados por el herido del impermeable.

Fueron seis disparos serenos, impecables, cada uno de los cuales bastaba para mandar al infierno a tipos como aquellos dos.

Los estampidos, como antes, asustaron a los dos caballos amarrados unos metros más allá, en espera de sus propietarios, que ya nunca más los iban a necesitar. Y cuando cesaron, volvió a predominar un sonido, el chasquido del agua.

Caía mansamente.

CAPÍTULO I

LLEGA UN HOMBRE

Proseguía la lluvia.

Continuaba siendo una espesa valla que dificultaba la visibilidad. Resultaba casi insólito que lloviese así en aquella parte de Texas.

Por lo menos así lo consideraba Madge Robins. Estaba mirando la espesa agua, que tanto bien haría a los pastos, a través de la ventana izquierda de la parte frontal de su rancho. Aquella agua era beneficiosa. Muy beneficiosa.

Dentro de la casa estaban su madre y los dos únicos vaqueros con que podían contar para todas las faenas del rancho.

Su madre, Helen Robins; era una mujer apacible y tranquila, casi inmutable. Ni siquiera había perdido la serenidad, por el hecho de que su marido hubiese sido asesinado en Lenville, cuando se dirigía a pagar la hipoteca del rancho. Hipoteca que, por supuesto, no había sido pagada, pese a que el asesinato llevaba encima el dinero tan trabajosamente reunido. El hecho había ocurrido cuatro días antes.

—Todavía llueve —musitó Madge.

Entonces, burlonamente, la miraron los otros dos ocupantes de la estancia. Eran hombres de más de mediana edad, muy apreciados en todo excepto en el color de su cabello. Rudy era moreno, oscuro, de pelo negro. Steve era pelirrojo, sonrosado. Gran diferencia que quedaba atenuada por la similitud de sus rasgos faciales, de su bonachería, de sus tipos ligeramente gruesos y su habilidad con el cáñamo y el revólver.

Rudy inquirió:

—¿De veras? ¿Llueve todavía?

Madge se volvió y sonrió tímidamente, como disculpándose.

—Sí.

Steve gruñó:

—Tú abres el «pot», Rudy.

Rudy guiñó un ojo a la muchacha, miró a su inseparable amigo y asintió:

—Seguro: un dólar.

—¿Un dólar? ¡Estás loco! Eso es mucho dinero...

Rudy carraspeó:

—Es cierto, Steve. Los tiempos han cambiado para nosotros, ¿verdad?

—Cállate, cretino. Y abre.

—Seguro; diez centavos.

—Pujas fuerte, ¿eh?

Rudy rió mirando sus cartas. Tenía escalera al as. Es decir: diez de picas, sota de tréboles, reina de corazones, rey de corazones y as de tréboles. Era un buen juego. Y estaba orgulloso de haber conseguido ligarlo.

Steve estaba pensativo. De pronto aceptó y mejoró la apuesta:

—Van los diez y quince más.

—¿Quince dólares más?

—Centavos, animal.

—Oh, es cierto. ¿Te juegas veinticinco centavos?

—Ajá. ¿Miedo?

—¿Miedo? Serán cincuenta.

Steve ladeó la cabeza. Cincuenta centavos eran un buen bocado. Era lo que solía costar una onza de tabaco de regular calidad.

Y Steve decidió que era mejor comprarse dos onzas de tabaco.

—Tiene que ser un dólar, Rudy.

—¿Un dólar? Antes me dijiste...

—Puedes pasar, si quieres. No tienes más que tirar las cartas y el «pot» será mío. ¿Qué dices?

—Bueno, va el dólar. ¿Qué tienes?

—Póquer de ases.

Rudy tiró furiosamente las cartas sobre la mesa.

—¡Maldita sea...! Sólo un tipo como tú es capaz de conseguir un comodín en una partida como ésta.

—Oye, estúpido, que no tengo ningún comodín. Cuatro ases magníficos. Eso es lo que tengo.

Rudy frunció el ceño. No dijo nada, de momento. Recogió sus cartas y las miró detenidamente.

Luego dijo:

—¿Cómo puedes tener póquer de ases, sin comodín, teniendo yo el as de tréboles?

Steve enrojeció.

—¿Me llamas tramposo? Yo sí que quisiera saber cómo es posible que tú tengas un as, teniendo yo los cuatro que hay en la baraja.

—¡Ah, ah, ah...! ¿De modo que yo soy el tramposo?

—¡Naturalmente, granuja! Yo te enseñaré...

El puñetazo de Steve, por encima de la mesa, alcanzó en el estómago a Rudy, que también se había levantado. Inmediatamente, Steve dio la vuelta a la mesa, colocándose delante de Rudy, esperando su reacción.

Pero Rudy tenía los ojos en blanco, estaba pálido y sus manos se aferraban con gesto consolador a su dolorido estómago.

Por fin consiguió articular:

—¡Eres un puerco tramposo, Steve! Debí conocerte bien aquel día en Chikshaw, cuando lo del Banco...

—Como no te calles te voy a partir la boca, maldito.

La señora Robins los miraba amablemente, plácidamente. Había una comprensiva sonrisa en sus pálidos labios. Los conocía. Quizá se diesen unos cuantos golpes, pero luego, más amigos que antes, volverían a la mesa a reanudar la partida. En realidad, para ella y su hija aquel par de chiflados habían sido la solución, por lo menos parcial, a sus problemas. Cobraban poco, trabajaban mucho y daban buenos consejos.

—¿Tú a mí? —rugió Rudy—. ¡Ahora verás...!

La voz de Madge Robins inmovilizó a todos:

—Llega un hombre —dijo.

Steve y Rudy corrieron hacia la silla, en cuyo respaldo habían dejado sus cintos; se los colocaron rápidamente a la cintura. Luego, corrieron hacia la ventana, colocándose junto a madre e hija.

—Pues es cierto: llega un hombre.

Seguro.

Llegaba un hombre.

Un hombre solo.

Iba muy inclinado sobre la silla, casi pegada su cara al cuello del animal. La luz interior del rancho se reflejó en su brillante impermeable, en el que se cebaba la lluvia.

Imprudentemente, el hombre llevaba descubierta la cabeza, exponiéndola a la pertinaz lluvia, de tormenta.

Steve y Rudy lo descubrieron casi a la vez. Casi, porque fue Rudy quien primero dijo:

—Ese hombre está herido.

Tan sólo dos segundos más tarde los dos vaqueros estaban en el porche, esperando que el jinete se acercase más. Tras ellos, apareció Madge, con un quinqué, cuya luz dio un falso tono dorado a la lluvia. Y tras ella, la siempre apacible y serena señora Robins, viuda reciente de Herbert Robins.

Y una vez más, madre e hija se dieron cuenta de la risueña pero siempre oportuna y experimentada veteranía de sus dos vaqueros, porque mientras Steve acudía al encuentro del recién llegado, Rudy se situó un trecho más allá, con el revólver ya amartillado en su mano derecha.

Steve descendió los escalones del porche, se acercó al jinete y le miró el rostro, que tan cerca tenía del suyo, merced a la inclinación del hombre sobre el cuello de su montura.

Luego, se volvió hacia el porche y gruñó:

—Deja de hacer el imbécil, Rudy, y acércate. Yo solo no podría con él.

—¿Está herido de verdad?

—De verdad.

Rudy se acercó, ya sin precauciones. Ayudó a Steve a bajar al hombre del caballo; lo entraron en la casa, y, bajo las indicaciones de la señora Robins, lo colocaron sobre el mullido sofá de la salita, previa colocación de una manta bajo su cuerpo.

Cuando la luz dio de lleno, en su rostro, Rudy casi gritó:

—¡Oye, Steve, es...!

El codazo de Steve le alcanzó de lleno en la boca del estómago.

—Te voy a romper todos los huesos; idiota. ¿Quieres callarte?

—Tienes razón.

Madge preguntó:

—¿Quién es, Rudy?

—No... no lo sé, señorita Madge.

—Me pareció que lo había reconocido.

—Pues..., no, no; de veras. Le aseguro...

—Está bien, hombre, le creo. ¿Qué podemos hacer por él?

—Bastante —aseguró Steve—. Tiene un balazo en el costado izquierdo. La herida no es tiene importancia, pero parece que ha brotado mucha sangre y ésa ha sido la causa de que perdiese el conocimiento.

—¿Tiene la bala dentro, Steve?

—Sí; pero muy cerca de una costilla. Podré sacarla. Me apostaría la paga de un mes a que este plomo iba dirigido al corazón de... este muchacho.

—¿No morirá?

—Ni hablar de eso. En cuanto le extraiga la bala, le vende fuertemente y se coma dos libras de judías, con tocino, se beba un par de litros de café, se afeite, se fume un par de pitillos y descanse, estará como nuevo.

Las dos mujeres rieron.

—Usted siempre tan bienhumorado, Steve.

—¿Por qué? Al fin y al cabo, todo lo que he dicho puede haberlo hecho mañana al amanecer.

—Sin duda. ¿Necesita algo?

—Seguro. Vendas y agua caliente.

El herido se agitó cuando Steve hurgó entré sus costillas con el cuchillo; gimió; dijo algo que nadie entendió.

Madge le puso la mano en la frente, húmeda ahora más de sudor que del agua de lluvia. La muchacha se dio cuenta de que aquel hombre tenía el cabello cobrizo, la mandíbula agresiva, los pómulos correctos, la boca dibujada virilmente, las cejas de trazo largo, fiero. Tenía la cabeza completamente empapada y el agua chorreaba hasta el sofá.

Steve suspiró.

—Ni un minuto más de un cuarto de hora, Rudy. ¿Apuestas?

—¡Ni hablar! Sé que despertará antes de ese tiempo. Es muy fuerte. Lo demostró cuando... —se atragantó al ver fijas en él las miradas de los demás, pero sobre todo de Steve—, cuando pudo llegar hasta aquí sin caerse del caballo.

—Ah —gruñó Steve.

Madge Robins se notaba irresistiblemente atraída hacia aquel hombre. Su rostro estaba pálido ahora, pero la muchacha estaba segura de que normalmente debía ser bronceado, tenso, varonil. Aquellas facciones sólo podían corresponder a un hombre entero, duro, de avasalladora personalidad.

Se sentó en el suelo, junto al sofá, de modo que su cara quedaba a escasos centímetros de la del herido; parecía fascinada. Durante un cuarto de hora estudió detenidamente aquellos rasgos, captando cada una de las reacciones que conducían al hombre hacia la consciencia.

De pronto, el herido abrió los ojos.

Parpadeó, seguramente por la luz.

No se movió, sino que se limitó a girar la vista a su alrededor, hasta que el rostro de Madge Robins, se interpuso entre él y el lugar que recorría su vista.

El herido volvió a cerrar los ojos.

Cuando de nuevo los abrió, sus pupilas expresaban ya inteligencia, noción de la realidad.

Y Madge Robins sintió como un tremendo choque en su ánimo. De súbito, incomprensiblemente, se sintió empequeñecer, fundirse, desfallecer.

Aquellos ojos eran grises, y mostraban una dureza fría, despectiva, insolente quizá.

Por fin, el hombre habló:

—¿Dónde estoy?

La señora Robins se adelantó.

—En el rancho de los Robins..., de lo que queda de los Robins. ¿Se encuentra mejor?

—No lo sé.

—Le dieron en un costado. Ya le hemos extraído la bala.

—¿Quién fue?

—Eso debe saberlo usted, joven; por lo menos debe tener más ideas que nosotros, supongo.

—Claro. Dos hombres. Me tendieron una emboscada, mataron a mi caballo y luego se acercaron, para hacer lo mismo conmigo. Supongo que yo los maté a ellos...

El herido se interrumpió, al ver como Madge se estremecía. Sonrió duramente, despacio, casi sin mover los labios; más no hizo comentario alguno.

—Luego, encontré los dos caballos. No sé cómo, logré llegar hasta allí. Los bichos estaban muy asustados; solté a uno y monté en él otro. No recuerdo gran cosa más.

—Llegó usted abrazado al cuello del caballo, desvanecido. ¿Tomaría café?

Ahora, la mirada que el herido dirigió a la señora Robins fue tan distinta a todo lo que habían estado expresando hasta entonces sus ojos, que Madge se notó recorrida por una cálida sensación de bienestar.

—Sí, señora. Gracias. Y hasta comería un par de libras de judías con tocino... Puedo pagarlo, desde luego.

—No será necesario —dijo la mujer.

Y mientras lo decía, se volvió hacia Steve y Rudy, que parecían estar agazapados en un ángulo de la estancia, turbados. Dos libras de judías con tocino; sus mismas palabras. Curioso.

El forastero miró en la dirección que marcaban los ojos de la señora Robins.

Y vio a los dos amigos.

Parpadeó asombrado, aunque su rostro continuó impasible. Con un leve quejido, se incorporó hasta quedar sentado. Durante algunos segundos estuvo mirando fijamente a los dos hombres, despacio, meticulosamente.

Por fin, regresó su fría mirada hacia la señora Robins, y ésta comprendió lo que esperaba de ella.

—Si verdaderamente se encuentra con ánimos, le prepararé algo para comer... Puede quedarse aquí esta noche, si quiere.

—Se lo agradezco, señora. De veras.

Entonces fue cuando el recién llegado prestó verdadera atención a Madge Robins. La miró con tal intensidad, que la muchacha notó la quemazón que producía el sonrojo en sus mejillas.

Supo ver en la gris frialdad de aquellos ojos el reconocimiento a su belleza; supo que sus ojos azules, sus cabellos dorados, su boca roja, merecían la aprobación de aquel... pistolero.

Porque aquel hombre era un pistolero, sin ninguna clase de dudas. Todo en él lo evidenciaba, desde el revólver que colgaba muy bajo en la gastada funda atada al muslo derecho, hasta sus ojos fríos, su dura expresión, sus manos de dedos largos, móviles, nervudos.

Madge se apresuró a correr tras su madre, hacia la cocina. Ésta se volvió hacia ella, al oírla.

—Mamá... —musitó—, ese hombre...

La señora Robins sonrió.

—No debes preocuparte por él, hija. No nos hará ningún daño.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Su madre la miró con cariñosa fijeza; luego, movió la cabeza de un lado a otro, y, finalmente, se encogió de hombros...

Madge insistió:

—Mira de un modo...

—A mí me gusta, hija. Y no te preocupes demasiado. Si llegara a interesarnos, sabríamos quién es. Steve y Rudy lo conocen.

—¿Estás segura? Entonces, voy a llamarlos.

Madge salió de la cocina, pero volvió enseguida, muy sofocada, apretándose nerviosamente una mano contra otra.

—No están —informó—. Nos han dejado a solas con él...

—Eso prueba, Madge, que lo conocen. Y que ellos también saben que ese hombre no nos hará ningún daño. Dame esos platos. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan sofocada?

—No... no sé. Él estaba limpiando su revólver. Al oírme, levantó la cabeza, me miró...

—Comprendo, hija. Anda, ayúdame.

CAPÍTULO II

SE BUSCA UN ASESINO

Amaneció.

El cielo se mostraba de un azul pálido, sin vestigios de nubes. La tormenta había pasado, y, con toda seguridad, tardarían mucho tiempo en ver tanta agua en aquélla parte de Texas.

Rudy dejó a un lado el hierro al rojo, con tanto descuido, que casi abrasa a Steve una mano.

—¡Maldito seas...! Si estás borracho...

Estaban enfrente de la casa, en la explanada, marcando algunos terneros. La mañana iba más que mediada, y, pese a las continuas miradas que dirigían hacia la casa, todavía no habían visto salir al hombre que llegó la noche anterior.

Pero el descuido de Rudy no se debía a que el forastero se dejase ver por fin, sino a la preocupación que creaba en él la llegada de aquel grupo de jinetes.

Los señaló con un dedo.

—Mira, Steve.

Éste dejó de insultar a su amigo para mirar. Y al instante de hacerlo, su lengua asomó, rápida, por sus súbitamente reseco labios.

—¿Crees que lo buscan a él?

—No lo sé. Pero me parece que lo mejor es ir hacia la casa.

La señora Robins los recibió en el porche.

—Rudy, Steve: ¿han visto...?

—Sí, señora. Por eso nos hemos venido aquí.

—¿Quiénes pueden ser?

—Ellos nos lo dirán. No se preocupe.

Pero ni uno solo de los componentes del recién llegado grupo de jinetes, dijo quién era. Simplemente, uno de ellos se adelantó y preguntó con brusquedad:

—¿Han visto a un hombre herido?

Steve se adelantó.

—¿Qué hombre?

—Uno cualquiera. Joven. Anoche asaltó a dos de nuestros compañeros, los mató, robó sus caballos y se largó. Pero sabemos que está herido. Había sangre en la silla de su caballo muerto. Y en el suelo, donde debió caer él, al ser herido por nuestros amigos. ¿Lo vieron?

—No.

—¿Usted tampoco, señora?

—Ya le ha contestado Steve.

—Ya. Bien.

El hombre se volvió hacia sus hombres, todos de aspecto duro, fiero, con el ceño fruncido en muecas hostiles.

Y ordenó, como si el rancho fuese suyo:

—Buscadlo. Tú, Openshaw, en la casa; tú, Ridway; rodea la casa. Y tú mira en la cuadra, Summers.

—Seguro, Gordon.

Los tres mencionados, se dirigieron a cumplir lo que se les había ordenado, mientras el llamado Gordon desmontaba y se dirigía hacia el porche, detrás de Openshaw.

Éste subió los escalones, pero cuando iba a entrar en la casa, Rudy, de pie en el porche, le colocó una mano en el pecho.

—Alto ahí, muchacho.

—Apártese, viejo.

Rudy sonrió.

—Todavía no soy viejo. Puedo demostrarlo.

Aún quedaban dos hombres montados vigilantes desde sus caballos. Éstos, Gordon y Openshaw rieron estridentemente.

—¿De verdad? —hipó Openshaw—. ¿Cómo puedes demostrarlo, viejo?

—Muy fácil. ¡Así!

El puño derecho de Rudy se hundió en el estómago de Openshaw, vaciándose de aire y haciéndole abrir la boca; antes de que consiguiese cerrarla, el puño izquierdo de Rudy se conectó con limpieza en la barbilla, haciendo entrechocar los dientes del fanfarrón Openshaw.

—¡Quietos! —ordenó Gordon—. Dejad que Openshaw se las arregle como pueda. Vamos, Openshaw, ¡arriba!

—Lo voy a matar a puñetazos —gruñó el inicialmente malparado Openshaw, levantándose de un furioso salto—. Ningún carcamal como éste...

De la cuadra de los Robins partió, estentórea, la voz de Summers:

—¡Eh, Gordon! Aquí está el caballo de Barton; y su silla. Está empapada; es la de él, seguro.

—Arrea con todo, Summers —se volvió hacia los del rancho—. Eso no está bien, señora. No me parece demasiado, mal, que mientan un par de tipos como esos que tiene a su lado, pero usted...

Helen Robins irguió la cabeza, con altivez.

—No he mentado. Le dije tan sólo, que ya le había contestado Steve.

Gordon hizo una mueca irónica.

—Esas sutilezas no pueden convencerla ni a usted misma, señora. El hecho cierto es que usted mintió. Vea: ahí viene Summers con un caballo cuyo propietario conocemos nosotros perfectamente.

—¿Insinúa que yo o alguno de mis hombres lo hemos robado?

—¡No, señora! Tan sólo digo que el hombre que buscamos está aquí... o ha estado aquí recientemente. ¿Me equivoco?

—Averíguelo. Usted es uno de los hombres que formaban parte del grupo que encontró a mi esposo.

—Así es, señora Robins. Fue un desenlace desagradable... y triste, naturalmente.

—No para usted. Cojan su caballo, si es cierto que les pertenece y márchense de mi rancho. Todavía no estoy segura de que no fuesen los mismos hombres que lo encontraron, los que asesinaron a mi esposo.

—¡Señora Robins! —protestó Gordon—. Sus palabras son muy ofensivas.

—Así me lo he propuesto. Márchense.

—Como quiera. Pero antes, creo que Openshaw tiene que decirle algo, a ese vaquero suyo que se cae de viejo.

La reacción de Openshaw fue fulminante, imprevista para Rudy.

—¡Desde luego! —gritó. Y al mismo tiempo, estrelló su fuerte puño contra la mandíbula del vaquero, haciéndole chocar con violencia contra la pared de la casa; desde allí Rudy resbaló sin sentido hasta el suelo—. Este viejo idiota...

No pudo seguir, porque Steve se abalanzó contra él, rabiosamente. Pero ni su edad ni sus fuerzas estaban en consonancia con las de Openshaw, que esta vez no fue cogido por sorpresa...

Detuvo tranquilamente el puño que iba hacia su rostro, lo desvió, y con entera comodidad, lanzó de nuevo el suyo, hacia el estómago de Steve. Éste gimió, ya vencido, pero Openshaw remató su trabajo.

Un limpísimo gancho de izquierda, desmañadamente propinado, acertó a Steve en un pómulo, haciéndole girar sobre sí mismo, todavía de pie, y estrellándolo contra uno de los postes del porche.

Steve se aferró allí, con voluntad de luchar. Pero cuando trabajosamente recuperó el equilibrio y se volvió hacia Openshaw, éste ya le esperaba.

Un rechazazo al centro del pecho acabó con las energías de Steve, que pareció arrugarse sobre sí mismo, despacio, con los ojos en blanco.

Gordon miró, muy sonriente, a la señora Robins.

—Ya ve, señora, a lo que nos obliga la agresividad de sus hombres. Openshaw no ha hecho más que defenderse.

—¿Igual que mi esposo?

—Su esposo no tiene nada que ver con esto; ni nosotros con él o con lo que ocurrió. Nosotros, señora, en estos momentos, sólo tenemos una ocupación: buscar a un hombre llamado Mike Holliman. Es un asesino.

Una voz grave, viril, profunda, se dejó oír en el porche:

—Yo soy Mike Holliman. Y puedo ser, en efecto, un asesino. Sigán el consejo de la señora Robins y márchense.

* * *

El hombre que llegara herido en un costado la noche anterior, estaba allí, enmarcado en la puerta. Cerca de él, y un poco retrasada, estaba Madge, muy pálida.

Quien decía llamarse Mike Holliman no parecía muy seguro sobre sus piernas, y también estaba un poco pálido. Pero al mismo tiempo, su postura revelaba claramente cuál era su decidida actitud, frente a lo que estaba ocurriendo.

Tenía las piernas ligeramente abiertas, el torso inclinado, la mano derecha colgando laciamente, muy cerca del revólver que tan bajo llevaba en la cadera derecha. Sus ojos ni siquiera mostraban el gris; eran dos simples rendijas que despedían un destello feroz, vigilante, y tan sereno al mismo tiempo como si lo que allí estaba ocurriendo, no tuviese ninguna importancia.

Gordon efectuó un rápido gesto con una mano, conteniendo a sus hombres.

—¿Conque Mike Holliman, eh?

—Seguro: Mike Holliman. Y es cierto que anoche maté a dos tipos. Lo merecían.

—Eso es muy discutible, Holliman. ¿Sabe que ofrecen por usted la nada despreciable cantidad de diez mil dólares?

—La ofrecían. Ahora ya no.

Gordon rió.

—Tiene razón —dijo—. La ley ya no ofrece por usted diez mil dólares. Pero nosotros los cobraremos en cuanto lo matemos.

Mike Holliman adelantó un paso. Llevaba el torso desnudo, cubierto tan sólo por la venda, que defendía su costado herido.

—Muy bien —susurró—. Yo no vacilaría en ganar diez mil dólares. ¿Qué esperan ustedes?

—¡No esperamos nada, porque...!

Fue Openshaw quien primero pasó al ataque. Su mano derecha se movió con rapidez, buscando su revólver.

Lo encontró.

Pero para entonces, ya tenía un candente plomo en el centro de su corazón.

Openshaw ya estaba muerto.

Fue impulsado hacia atrás, falló uno de sus pies, al encontrar el vacío formado por el primero de los escalones del porche, y cayó de espaldas al suelo, casi a los pies de Gordon.

Mike Holliman sonrió fríamente.

—Diez mil dólares cuestan de ganar. Pero no es imposible, ¿verdad?

En su mano derecha humeaba el revólver que había desenfundado con invisible rapidez. Tenía alzado el percutor, presta el arma para escupir más plomo mortífero.

—Oiga, Holliman —comenzó Gordon—: usted cometió un asesinato que...

De pronto, Holliman se giró hacia la derecha. Su acción fue tan veloz y serena, que Ridway, el hombre que había sido encargado de rodear la casa, buscándole, se encontró con su mirada mientras intentaba apuntarle.

Vaciló cuando vio fijos en él los ojos del hombre que buscaban. Y su vacilación fue mortal para él. Cuando quiso reaccionar y apuntar mejor el arma que empuñaba, Holliman ya había disparado con tal frialdad, y tranquilidad que aquello pareció un juego para él.

Mas no para Ridway, que recibió el plomo en un hombro, el derecho. Tuvo que soltar su revólver y llevarse la mano izquierda al lugar herido. La

palidez de su rostro fue inusitada, enorme. Ni siquiera tuvo fuerzas para lanzar un quejido de dolor que hubiese resultado lógico:

—Mis asesinatos no le importan a usted. Y no pienso repetir más esta palabra: márchense.

Gordon asintió.

—De acuerdo. Usted gana por ahora, Holliman. Pero es muy posible que usted tenga que ir por algún motivo a Lenville. Y entonces...

—¿Lenville? ¿Está cerca de aquí Lenville?

—Claro.

—Entonces, ya sé quién les ha enviado. Vayan a verlo y díganle... No, no le digan nada —Holliman sonrió—. Ya se lo diré yo mismo.

—Usted sabrá lo qué o de quién está hablando.

—Todos lo sabemos. Estoy hablando de Thomas Wallis. Si le ven... por casualidad —había retintín en su voz—, díganle que nos veremos pronto. Muy pronto.

—¿Eso quiere decir que vendrá a Lenville?

—Exactamente.

Gordon sonrió.

—Le haremos un buen recibimiento, Holliman. No lo dude.

—Muchas gracias... y adiós. Recojan a los suyos.

—Por supuesto.

Cinco minutos más tarde, el rancho de los Robins volvía a estar solitario. Es decir, en cuanto a Gordon y sus hombres se refería.

Madge salió de la casa y tocó en un brazo a Mike.

—Ha matado a uno.

—Sí.

—No debió hacerlo.

—¿De veras? No me resultaba simpático.

—¿Por qué? ¿Porque quiso matarlo?

—No. No fue por eso. También el Otro quiso matarme y sólo le herí en un hombro. Lo que no me gustó del tal Openshaw fue lo que hizo con Steve y Rudy.

—¿Por qué?

—Porque yo soy así.

—Usted ni siquiera conoce a nuestros dos vaqueros.

Mike Holliman vaciló brevemente.

—Es cierto —admitió—. Pero no me gustó la cosa.

—Lo que yo quisiera saber es cómo se ha enterado de sus nombres. No se han mencionado en ningún momento.

—Se equivoca, señorita. Si sé sus nombres es porque en algún momento los he oído.

—Pero no es esta casa. ¿Dónde?

Mike frunció el ceño.

—Le agradezco sus cuidados, su hospitalidad, todo cuanto han hecho por mí. Pero eso no la autoriza a hacerme preguntas.

Madge se mordió los labios mortificada.

—Perdone.

Mike Holliman se encogió de hombros.

Se inclinó sobre Rudy, que ya estaba sentado, y con visibles muestras de total recuperación de sus sentidos. Luego, se inclinó sobre Steve, y le alzó uno de los párpados, le tocó el pómulo golpeado, y se volvió de nuevo hacia Rudy, que lo miraba fijamente, todavía sentado en el porche.

—Siempre seréis unos idiotas —amonestó Mike—. ¿Cuándo aprenderéis a no fanfarronear?

—Venían a por ti, Mike. Nosotros sólo queríamos...

—¿Qué os matasen?

—Queríamos ayudarte...

Mike Holliman rió secamente.

—¿Alguna vez habéis visto que yo necesitase ayuda?

—No. Pero...

—Ocuparos de vuestros asuntos. Díselo a Steve cuando vuelva a la realidad. En mi opinión, el tipo que os pegó se portó demasiado bien con vosotros.

—Eres un maldito canalla, Mike.

—Seguro —rió éste—. Veo que me conoces bien. Mike Holliman no es más que un maldito canalla. No merece tener amigos. ¿Me has comprendido?

Rudy escupió al suelo, con rabia.

—¡Ojalá me muera el día en que se me ocurra volver a ayudarte, Mike!

—Tómalo con calma, viejo. ¿Qué sabes de un tal Thomas Wallis?

—Que es el tipo más cabal y honrado de todo Lenville. ¿Por qué?

—Porque tengo que matarlo.

—¡Eh!

Mike Holliman se incorporó. Miró a las Robins, con detenimiento, y luego, otra vez a Rudy.

—Como lo has oído, Rudy. Tengo que matarlo. No en vano soy un asesino reclamado por diez mil dólares. ¿Encuentras alguna ocupación más lógica en un asesino que matar a las personas honradas y cabales como ese Thomas Wallis?

—Pero escucha, Mike...

—Lo siento. No dispongo de tiempo, Rudy. Hasta nunca.

—¿Adónde vas?

—A Lenville, naturalmente —se volvió hacia la dueña del rancho—. Señora Robins, ¿sería abusar de su amabilidad, pedirle que me venda un buen caballo?

—Es usted quien nos ayuda a nosotros, joven; necesitamos dinero. Y un buen caballo le costará... doscientos dólares.

—¿Puedo escogerlo yo?

—Claro.

Mike Holliman tendió doscientos dólares, a la señora Robins. Ni siquiera había, vuelto a mirar a Madge, pese a los deseos que tenía de hacerlo.

Pero cuando quince minutos después regresaba al porche, ya montado en el caballo que había escogido, fue ella quien le habló:

—¿Qué va a hacer ahora?

—En primer lugar, iré a recoger mi silla de montar del caballo que me mataron anoche. Supongo que no se habrán molestado en robarla. No puedo ir por ahí montado a pelo.

—No me refería a eso.

—Ya lo sé. Pero de las demás cosas que yo piense hacer, no creo que tenga que darle explicaciones.

—¡Oh!

—Perdone. No quise ser tan brusco. En realidad, usted se merece que le diga la verdad: voy a matar a Thomas Wallis en Lenville.

—¿Por qué ha de hacerlo? ¿Por dinero?

—Es posible.

—No puede haber ningún otro motivo para matar a Tom. ¿Quién se lo ha ordenado? ¿Es usted un asesino a sueldo?

—Le ha llamado Tom, si no he oído mal. ¿Significa eso que Wallis es algo especial para usted?

Madge se sonrojó.

—No. Pero... Bueno, no hay ningún motivo, en mi opinión, para que usted quiera matarlo.

—Siempre hay motivos para matar.

—¿Siempre?

—Casi siempre, por lo menos —Mike se volvió hacia Rudy y Steve, este último también repuesto—. ¿Qué queréis vosotros?

—Podemos venderte una camisa. Veinticinco dólares.

Mike rió. Hasta entonces, no había prestado demasiada atención al hecho de ir con el pecho descubierto. Rudy tenía en sus manos una camisa a cuadros, no muy nueva.

—De acuerdo. Veinticinco dólares. Casi quedo en la ruina. Aunque me parece que vuestro precio no es de amistad.

—¿Qué amistad? —gruñó Rudy.

—Tienes razón. Venga la camisa.

Se la puso sin desmontar, bajo la mirada de las Robins y de los dos amigos. No parecía que la herida del costado le afectase demasiado. Ni un solo gesto de dolor había alterado sus facciones en ningún momento.

Inesperadamente, Mike Holliman taconeó a su caballo, al tiempo que tiraba de las riendas hacia la izquierda.

Y cuando las cuatro personas, que le habían ayudado la noche anterior quisieron dirigirse a él, ya no era posible, porque Mike Holliman galopaba hacia el Norte, en busca de su silla de montar. Después...

Helen Robins se volvió hacia sus dos únicos vaqueros.

—¿Y bien? Ustedes conocían a ese hombre, ¿no?

—Sí, señora Robins.

—Pero, en cambio, anoche simulamos no conocerse; ni él a ustedes ni ustedes a él. ¿Por qué?

—Nosotros respetamos, los deseos de Mike, señora Robins. Estábamos convencidos de que él deseaba ocultar su identidad.

—Otra vez pregunto: ¿por qué?

—Porque el hecho de que Mike Holliman esté aquí, significa que se ha fugado de Prettown, señora Robins.

—¿Se refieren a la...?

—Sí. A la cárcel del norte de Texas. A Mike todavía le quedaban dieciocho años de prisión cuando...

—Cuando... ¿qué?

Steve y Rudy enrojecieron y se miraron, moviéndose nerviosamente.

Por fin, Steve confesó:

—Cuando nosotros salimos libres de allí.

Su voz había sido tenue, velada, con un claro tono de humillación.

Y fueron madre e hija quienes se miraron ahora.

—¿De modo que ustedes son expresidarios?

—Sí, señora Robins. Pero no se preocupe. Nos marcharemos ahora mismo. Recogeremos nuestras cosas... —Steve vaciló—. No tiene que pagarnos nada, señora Robins. Hemos sido felices aquí.

—Entonces, no se marchen.

—¡Oh! ¿De veras...?

—Ustedes estaban marcando algunos terneros, ¿no es así?

—Sí, señora. Nosotros...

—Les pago lo que puedo para que trabajen, no para que pierdan el tiempo charlando.

Los dos amigos sonrieron alegremente.

—Seguro, señora Robins, seguro. Y gracias.

—Bah.

La mujer entró en la casa, pero su hija quedó en el porche, junto a los dos vaqueros.

Y cuando éstos iban a dirigirse hacia su interrumpido, trabajo, ella los detuvo.

—Un momento.

—Sí, señorita.

—Ese hombre, Mike Holliman..., ¿es realmente un asesino?

Steve y Rudy volvieron a mirarse. Ellos creían comprender lo que sentía la muchacha en aquellos momentos, y les dolía confesar la verdad.

Pero tuvieron que hacerlo:

—Sí, señorita. Es un asesino.

—¡Mentira!

—Señorita Madge...

—No discutas con ella, Steve. Ve a buscar el pasquín.

—Rudy, Mike se portó bien con nosotros allá, en Prettown. No podemos hacerle eso.

—Estoy viendo que yo llegué a conocerle mejor que tú, Steve. A Mike no le importará que ella vea el pasquín. Ve a buscarlo.

Mientras Steve se dirigía hacia donde dormían ellos dos, la muchacha miró directamente a Rudy, para preguntarle:

—¿Ustedes también estaban allí por asesinos?

—¡No, señorita! Nosotros... Bueno, quizá en otro momento se lo contemos. Lo que ocurrió con Steve y conmigo no volverá a ocurrir seguramente a nadie. Pese a todo, la cosa tuvo su gracia.

—¿Y fue...?

—En otro momento, señorita.

—Como quiera. Supongo que será interesante saberlo. ¿Por qué se hicieron amigos de un asesino?

—Pues... no sé. Mike tiene algo que... Usted también lo está experimentando, si no me equivoco. Mike Holliman atrae, agrada, Su voz, su mirada, su comportamiento... Sí, nos hicimos muy amigos durante los dos años que estuvimos juntos allá en... la cárcel.

Madge estaba ligeramente sofocada. En efecto, ella recordaba todo cuanto concernía al pistolero, al asesino; todo cuanto había podido retener en su escaso trato.

Escaso, ciertamente. Y, sin embargo..., Madge Robins notaba una extraña opresión en el pecho mientras pensaba que aquel hombre de fulminantes ojos grises y mentón agresivo era un asesino. La noche anterior había sido herido y aquella mañana, a no ser por la venda, nadie hubiese podido percatarse de ello.

Un hombre extraño, fuerte, duro. Y, sin embargo...

Steve la distrajo de sus meditaciones. Allí estaba el pasquín.

Mike Holliman, veintisiete años, ojos grises, cabellos cobrizos, rasgos correctos, regulares; alto, atlético. Acostumbra llevar un solo revólver en la cadera derecha, muy bajo. Y, además, aunque de pésima calidad, estaba allí, en el centro del pasquín, su retrato. Pero lo que más destacaba en el gran papel que mostraba muchas dobleces, eran las grandes letras, debajo del retrato:

WANTED FOR MURDER

Se busca por asesinato.

Steve guardó lentamente el pasquín, tras doblarlo con mucho cuidado.

La voz de Madge era apenas audible al preguntar:

—Lo cogieron y después de pasar dos años en la cárcel ha conseguido escapar, ¿no es eso?

—Así parece. Pero ha estado allí algo más de dos años.

—¿A quién mató?

—A un *sheriff* llamado Archie Howard.

—¿Por qué?

—Porque el *sheriff* había matado antes al hermano de Mike, que se resistió a dejarse prender, cuándo fueron a buscarlo acusado de... de violación a una muchacha de dieciséis años.

—¡Dios mío!

Madge había palidecido y su rostro aparecía desencajado.

Se había enamorado de un hombre que era un asesino y cuyo hermano había sido capaz de...

La muchacha miró hacia el lugar por donde había desaparecido Mike Holliman. Luego, sin añadir nada más, entró en la casa.

CAPÍTULO III

LA TRAMPA

Mike Holliman se detuvo unos segundos ante la entrada norte de la calle central de Lenville.

Era un pueblo mediocre, de discreta actividad restringida a sus aceras sombreadas por los porches de los bazares, saloons, almacenes y casas de cierta importancia.

Y allí estaba, según sus últimos datos. Thomas Wallis.

Mike taconeó con suavidad los ijares de su montura, que reanudó el cansino paso a que la obligaba su jinete.

No, no iba a ser una cosa fácil conseguir llegar hasta Wallis. La prueba estaba en los dos hombres, que la noche anterior le tendieron la emboscada. Y en los otros, los que habían ido al rancho de Madge, buscándole, seguramente sabiéndole herido.

Madge.

Era un nombre bonito.

¿Y qué?

Él, Mike Holliman, era un asesino. Lo era ante la ley y ante los hombres que la acataban. Quizá no debió matar al *sheriff* Archie Howard. No. Quizá no debió matarlo.

Lo sensato hubiese sido esperar, buscar las pruebas de que su hermano Jim no había cometido aquella salvajada con la muchacha. Hubiese debido buscar pruebas, demostrar la falsedad de aquella acusación... Pero ¿para qué?

Jim ya estaba muerto. Archie Howard, en representación de la ley, lo había matado, al encontrar resistencia armada.

Y él, Mike Holliman, mató a Archie Howard.

¿Bien... o mal hecho?

Hecho, sencillamente.

Un asesino.

Se busca por asesino.

Y un hombre así, ¿podría pensar en una muchacha como Madge Robins?

No. Decididamente, no. Aunque Madge Robins tuviese aquellos ojos y aquella boca, y le mirase de aquel modo ingenuo e incrédulo, dolorido casi.

Pero ¿por qué buscaba él a Thomas Wallis, precisamente? ¿Sería cierto su presentimiento?

¿O no era un presentimiento? Quizá era una realidad. Debía serlo. ¡Tenía que serlo! Thomas Wallis fue quien encontró a la muchacha. Ella estaba en la pradera, cerca del pueblo. Y Wallis aseguró que antes de morir la muchacha había acusado a James Holliman.

¡No!

Jim no había podido hacer aquello. Y él, Mike Holliman estaba dispuesto a luchar hasta morir, para demostrarlo con toda clase de pruebas.

Saloon.

Saloon.

Saloon.

Había muchos saloons.

Y de la ventana de uno de ellos surgió la voz, llamándole:

—¡Mike!

Mike Holliman levantó la cabeza. Se sorprendió tanto, que durante unos segundos permaneció aturdido, inmóvil su caballo en la calzada. Tan aturdido, que Mike ni siquiera vio acercarse, muy despacio, a aquellos mismos hombres que mucho antes echara del rancho de Madge.

—Lucille —musitó...

La muchacha sonrió débilmente. No dijo nada más, pero Mike comprendió su clarísimo gesto de que subiese a verla.

Desmontó ante el saloon. Y entonces sí vio a Gordon y a los hombres que le acompañaban. Estuvo tentado de esperarlos, pero se decidió por subir primero a hablar con Lucille Howard, la hermana del *sheriff* a quien él matara casi tres años atrás. La mujer que había amado a James Holliman.

La hermana del hombre que él había matado.

¿Qué hacía allí?

Entró en el saloon. Tras el mostrador había un hombre grueso, de enormes bigotes y con un vistoso chaleco de fantasía bajo el blanco mandil.

Mike señaló con la barbilla hacia las escaleras, y como respuesta el tipo gordo se encogió de hombros y continuó ordenando vasos y botellas.

Abrió dos puertas antes de acertar con la que correspondía a la habitación en que estaba esperándole Lucille Howard. Ella continuaba cerca de la ventana, de espaldas a la puerta.

Era seguro que la había oído abrirse, pero no se volvió hasta que él saludó:

—Hola, Lucille.

—Hola, Mike. ¿Te fugaste?

—Tuve que hacerlo. ¿Cómo estás, Lucille?

—Mejor que tú. Creo que te hirieron anoche, ¿no?

Mike parpadeó.

—¿Cómo lo sabes?

—Quizá te lo diga más tarde, Mike.

—Como quieras. ¿Puedo decirte que me asombra encontrarte aquí?

—Puedes decirlo. Aunque no veo qué tiene de asombroso que procure estar junto al hombre que amo.

Mike Holliman se detuvo en el centro de la estancia.

—¿Al hombre que amas? Creí que amabas a mi hermano, Lucille.

—Lo amé. Pero ahora no puedo hacerlo.

—Cierto. Está muerto. Lo mató tu hermano.

—Y tú mataste al mío. Si no resultase un poco monstruoso, casi podríamos decir que estamos en paz. Aunque con una pequeña diferencia.

—¿Cuál?

—Mi hermano mató al tuyo en nombre de la ley, defendiendo la justicia. Tú, mataste al mío por la espalda.

—Escucha, Lucille; escúchame bien. Tú sabes que eso no es cierto. Yo te lo expliqué personalmente. Te dije la verdad.

—La mentira, Mike.

—Lucille, tu hermano disparó primero. Pudo sorprenderme. Cuando yo disparé, él estaba muy asustado. Él sabía que no podría jamás vencerme con un revólver en la mano, y cuando falló su primer disparo, se asustó. Quiso huir. Pero justo en el momento que me volvía la espalda, yo estaba disparando.

—Fue un asesinato.

—Fue una cobardía de tu hermano, Lucille.

—¿Leíste los pasquines? Todos decían lo mismo: Mike Holliman; se busca por asesino.

—Y diez mil dólares de recompensa, Lucille. Sé quien ofreció tanto: Thomas Wallis. Y durante más de dos años me he estado preguntando: ¿por

qué?

—Tom Wallis me amaba a mí, Mike.

—Oh, es cierto. Y pagó los diez mil dólares cuando aquel rural me apresó. Aquel rural era un muchacho valiente, Lucille. ¿Sabes por qué pudo apresarme?

—No.

—Pues te lo diré. Me apresó porque yo no quise matarlo. No quise matar a un muchacho valiente y decidido, que cumplía con su deber aun sabiendo que se enfrentaba con el revólver más veloz del sur de Texas, Yo comprendí a aquel muchacho. Adiviné que tenía una madre que le esperaba, que se alegraba de cada uno de sus triunfos. Aquella madre le esperaba, siempre sufriendo. Me dije que no valía la pena hacer esperar en vano a una madre que tenía un hijo como aquél.

—Eres enternecedor, Mike.

—A veces. Aquel muchacho era muy alto, desgarrado. Tenía veintidós años, muchas pecas y una novia rubia y de ojos azules... además de una madre. Ya eran dos las personas que le esperaban.

—Sabes muchas cosas de aquel rural, Mike.

—Sé muchas más. Nos hicimos amigos, mientras me conducía hacia el más próximo cuartel de los rurales. Él fue la única persona que me dijo que estaba convencido de que yo no era un asesino. Se llama Ted Burke.

—Aquel rural también es enternecedor.

—Seguro. Te diré aún más cosas, Lucille. Mientras él me llevaba preso, yo le enseñé a disparar mejor de lo que lo hacía. Naturalmente, no toqué ni una sola arma; todo fue por medio de explicaciones. Cuando aquel muchacho escuchó la sentencia que se me impuso, Lucille...

—¿Lloró?

—Exactamente. ¿Qué haces en Lenville?

—Bueno, ahora puedo decírtelo. Estoy con... Thomas Wallis.

—Ah.

—No parece asombrarte, Mike.

—No me asombro. Lo esperaba. Comencé a sospecharlo cuando demostraste saber que anoche me hirieron. ¿Y sabes una cosa, Lucille? —los grises ojos de Mike Holliman brillaron alegremente fieros—. Si tú sabes eso, es que, tal como pensaba yo, Wallis es el hombre que ordenó la emboscada de anoche contra mí.

—Claro que es él. En cuanto supo que te habías fugado, comprendió que le buscarías. Él fue quien te acusó, la última persona que oyó a la chica que tu

hermano...

—¡Calla! Ni siquiera tú crees eso.

Lucille Howard inclinó la cabeza.

Cuando habló, su voz era ronca, triste.

—Thomas Wallis está considerado en Lenville como un hombre honrado, Mike. Yo, que le sigo a todas partes, sólo soy una bailarina de saloon.

—¿Con todas sus consecuencias?

—Con todas las consecuencias que se producen por amarle, por estar siempre a su lado. Sólo soy de él, si has querido decir algo parecido.

—Pero él te amaba, ¿no? ¿Por qué no te lleva con él?

—Me amaba, Mike; tú lo has dicho. Al principio me llevó con él.

—¿Os casasteis?

Lucille Howard se mordió los labios, y Mike no necesitó mayores explicaciones.

—Puedes contarme cómo te fue desde que... te fuiste con él.

—Hay muy poco que contar, Mike. Se cansó pronto, a pesar de que parecía amarme tanto. Un día me dejó plantada en un pueblo. Y yo salí tras él. Así van las cosas desde entonces. Él se va en cualquier momento, sin decirme nada; soy yo quien tiene que adivinarlo y seguirlo.

—Difícil vida la tuya, Lucille. ¿Qué haces en un saloon?

—Te lo he dicho ya: bailo, o canto, o... Aprendí a hacerlo. Tuve que aprender a hacerlo para poder seguirlo.

—¿Tanto le amas?

Lucille Howard no contestó, de momento. Todavía estaba junto a la ventana. Y Mike en el centro de la estancia. Hubo una larga pausa de tenso silencio.

Mike preguntó, de pronto:

—¿Y tu madre, Lucille? ¿Vive todavía?

La muchacha se estremeció.

—Sí, todavía vive para... mi desgracia.

—¡Lucille!

Ella levantó la cabeza, y había tal desesperanza en sus ojos; que Mike se notó invadido por un frío desconsolador, que parecía no ser más que un contagio del que recorría el cuerpo de Lucille Howard.

—No debes decir eso, Lucille.

—Pues lo digo, Mike. Deseo que viva muchos años. Pero mientras mi madre viva, yo seré una desdichada.

—Supongo que eso no se lo habrás dicho a ella.

—Se moriría si oyese algo semejante. Cuéntame cosas tuyas, Mike. ¿Qué tal te fue en la cárcel?

—Divertido. Aprendí cosas. En un libro se aseguraba que el mundo es redondo.

—No te burles de mí.

—Lo siento.

—Ven aquí, Mike. Todavía no te he visto bien la cara. ¿Has cambiado mucho?

—Sólo un poco. Espero que no te asustes...

Mike había caminado hacia Lucille, que le tendía ambas manos. En el rostro de la muchacha había una extraña expresión que Mike no supo interpretar de momento.

Ella le cogió las manos y lo acercó más a la ventana, a la despiadada, rutilante luz solar del mediodía.

Entonces, Mike Holliman comprendió la expresión de Lucille Howard.

Era fácil comprenderla.

No había lugar a dudas.

¿Cómo puede haber dudas cuando varios plomos pasan peligrosamente cerca de la cabeza de un hombre?

Abajo, en la calle, se oyeron los estampidos de los revólveres que habían disparado, voces, relinchos, exclamaciones...

Mike se había dejado caer de rodillas apenas los primeros plomos silbaron junto a él. Cogió una mano de Lucille, y cuando se incorporó, ella le seguía hacia el interior de la habitación, obligada.

Allí estaban fuera de la línea de tiro.

—Mike: deja que te explique...

La mano derecha de él se alzó dura, nervuda, fuerte; pero no descendió. Permaneció en el aire mientras la mujer la miraba, encogida, sin acabar de convencerse de que Mike Holliman no la iba a golpear pese a merecerlo.

Mike bajó la mano.

—No expliques nada, Lucille. La cárcel no me ha vuelto idiota. Esto no ha sido más que una cochina trampa, tendida contra un hombre que sabías que vendría a buscaros... O a buscar a Wallis, como quieras.

—Mike, si supieses...

Resonó con atronadora claridad el estampido de un rifle.

Lucille Howard fue empujada contra Mike. Los brazos de la mujer se ciñeron en torno al cuello del hombre, buscando un asidero. El segundo disparo de rifle convenció a Mike de que lo mejor era lanzarse al suelo.

Una vez allí, se preocupó de Lucille. Ésta respiraba agitadamente, con ansia. Cuando Mike le puso una mano en la espalda para ayudarla a ponerse en pie, en un rincón, notó en su mano la calidez de la sangre.

—Te han herido, Lucille.

—Sí. Mi... Mike. Esto es... es una trampa pa... para los dos...

—¿Para los dos? No lo entiendo, Lucille. ¡Lucille!

Lucille Howard no contestó.

CAPÍTULO IV

MAS PELIGRO PARA EL ASESINO

Mike depositó en el suelo a la mujer. No estaba muerta... todavía. Su palidez era deprimente. Era como un preludio, un aviso del rostro que podía presentar él, Mike Holliman, si se ponía a tiro de los hombres que le esperaban.

Se acercó a la ventana, reptando por el suelo.

Sabía que no tenía enfrente tan sólo los enemigos de la calle, sino alguno más que se había subido a los tejados de las casas fronterizas. Desde aquellos lugares, con un buen rifle, podían anularlo con mucha facilidad.

Él, Mike Holliman, anulado.

Estuvo a punto de reír. Durante, algunos días, cuando fue apresado por aquel simpático rural. Ted Burke, Mike comprendió que toda la gente que sabía lo que había hecho le temía.

No era cosa fácil matar a un *sheriff*. Pero lo que más horror inspiraba a la gente era contemplar a un hombre capaz de —según todas las apariencias— disparar por la espalda.

Mike asomó muy despacio la cabeza por la base del marco de la ventana. Inmediatamente, varios plomos disparados por rifles penetraron por el hueco, tan cerca de él, que notó el calor del aire desplazado.

Convencido de que estaba irremisiblemente cercado, incapacitado para poder pasar al ataque, Mike se sentó en el suelo y encendió un cigarrillo.

Sólo podía esperar.

Esperar, ¿qué?

—No puedo dejar que se desangre. Estoy convencido de que ella ha tomado parte en esta encerrona contra mí, pero no puedo dejar que muera de ésta manera.

Se arrastró hacia Lucille Howard, con el cigarrillo en los labios. Pero cuando llegó junto a ella, recordó las últimas palabras que había pronunciado:

«Una trampa para los dos».

¿Para él y Lucille?

Mike estaba de acuerdo en que Thomas Wallis quisiera tenderle una trampa a él, matarlo antes de que lo encontrase, atacar antes de ser atacado. Pero... ¿una trampa para Lucille? ¿Por qué?

Llegó junto a ella. Todavía estaba muy pálida. Más que antes. Tenía que hacer algo por ella. Su mirada buscó por la habitación, hasta posarse en el armario.

Seguro que a Lucille no le disgustaría que estropease alguna de sus prendas íntimas.

* * *

El sol estaba en su apogeo cuando Steve y Rudy vieron al jinete. Un hombre solo. Cabalgaba despacio, apáticamente. Tenía las piernas muy largas, hasta el punto de que había tenido que alargar las correas de los estribos de su silla de montar.

—Mira, Rudy: un larguirucho.

—Parece joven.

—Siempre con tus comentarios idiotas. ¿Qué importancia puede tener eso?

—No lo sé.

—Vete al diablo.

—Como quieras. Pero el larguirucho viene hacia aquí.

—No soy ciego.

El jinete llegó hasta ellos. El caballo se detuvo sin ninguna orden expresa, como si interpretase telepáticamente los deseos de su jinete.

—Buenas tardes.

—Hola, forastero. ¿Busca trabajo?

Era un muchacho, casi. Tenía muchas pecas y los cabellos rubios. Los ojos, muy claros, eran sonrientes y honrados, bondadosos.

Sonrió al contestar:

—No. Tengo más del que quisiera.

Rudy gruñó:

—Como nosotros. ¿Podemos serle útiles en alguna cosa?

—A lo mejor. ¿Son los dueños de este rancho?

—Vaqueros. Somos el equipo en peso del rancho de las Robins.

—¿Mujeres?

—Dos. Madre e hija. Si dice lo que quiere, le ayudaremos.

—Busco a un asesi... Busco a un hombre.

—¿Iba a decir que busca a un asesino?

El muchacho sonrió más ampliamente.

—Iba a decirlo. Pero no lo he dicho.

—Es usted prudente.

—Si usted lo dice...

—Lo digo.

—Me llamo Ted Burke. Soy rural. ¿Han oído hablar de los Rurales de Texas?

—¿Ha oído usted hablar de George Washington?

—¡Hombre, claro...!

—¿Le ha parecido tonta mi pregunta?

—Un poco.

—Entonces, repita la suya, Le diré lo que opino de ella.

Ted Burke rió alegremente. En verdad que su pregunta había sido de lo más absurdo.

—Conforme —aceptó—. Entiendo que ustedes han oído hablar de los rurales.

—Buenos chicos.

—Gracias. Busco a un hombre muy peligroso. Veintinueve años, ojos grises, mentón fuerte, atlético, cabellos cobrizos. Se ha fugado de la cárcel de Prettown. Se llama...

Steve le tomó la palabra:

—Mike Holliman.

Ted Burke lanzó una exclamación de asombro.

—Seguro: Mike Holliman. ¿Le conocen?

—Es nuestro padre.

—Pero...

Steve y Rudy rieron. El primero prosiguió:

—Bueno, digamos que es como si fuera nuestro hijo. Usted, muchacho, si realmente se llama Ted Burke, tiene ahora veinticuatro años. Vive con su madre en Alamitos. Su novia es rubia, con los ojos muy azules y está un poco... rellena. A usted le gustan así. No le gustan los cigarros de Virginia, pero suele fumar muchos cigarrillos liados con papel de maíz. Dispara con la mano demasiado adelantada, tarda en decidirse a hacerlo contra un hombre, aunque se asegure que éste es un asesino; casi nunca bebe alcohol, le gustan

los caballos negros, como ese que monta, y su mayor placer consiste en tocarla guitarra en las noches estrelladas de Texas. Bien venido, muchacho.

Ted Burke estuvo a punto de caerse del caballo. Sus ojos estaban desorbitados, saltones; su boca, abierta. Parecía, más que nunca, un gigantesco niño de inocente mirada.

—Pero...

Steve prosiguió, impávido:

—Hace poco más de dos años, prendió a un hombre acusado de asesinato. Ese hombre se llamaba Mike Holliman. Le regalaron veinte años de reclusión en Prettown, merced a algunos atenuantes. Usted se alegró de que no lo condenasen a muerte. Pero ahora, Mike Holliman se ha fugado de la cárcel. ¿Quién mejor que el hombre que lo apresó la primera vez para salir en su persecución ahora?

—Bueno, esto es... esto es...

—¿Viene dispuesto a apresarlo?

—Es mi obligación. Me presenté voluntario para ello.

—¿No tiene miedo a Mike Holliman?

—No.

—Es uno de los revólveres más veloces de Texas.

—Lo sé. Por eso quise ser yo quien saliese en su busca.

—Eso no lo entendemos.

—Sólo deseo que Mike no se vea obligado a matar al rural que salga en su persecución esta vez. A otro, quizá lo matase. A mí, no. De esta forma, sé que no lo condenarán a muerte.

—Oh, es cierto. Esta vez, a Mike Holliman sólo pueden condenarlo a reclusión perpetua. Menos mal.

—No se burle.

—En absoluto, muchacho. Es usted muy alto.

Ted Burke enrojeció, comprendiendo la alusión. Desmontó, y en el giro qué efectuó al hacerlo vio a Madge.

Madge se acercaba al pequeño grupo desde la casa. Caminaba deprisa, y había una luz de alerta en su mirada. Cuando llegó cerca de Burke, éste se descubrió.

—Buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes. ¿Desea algo?

—Seguro. Todos los hombres deseamos siempre algo. Aunque mi deseo es forzoso. Me llamo Ted Burke. Soy rural. Busco a Mike Holliman, un... reclamado.

Madge se llevó ambas manos al pecho. Su mirada pasó rápidamente a Steve y Rudy, que se limitaron a sonreír.

—¿A Mike Holliman? No... no está aquí. No le conocemos.

Ted Burke sonrió.

—No le conocerá usted, señorita. Pero sus hombres sí le conocen. Y me conocen incluso a mí, lo cuáles más asombroso.

—Usted... ¿está aquí para prender a Mike Holliman?

—Sí.

—¿Por qué?

Ted sonrió infantilmente.

—Señorita: usted está muy mal informada. Lo cual es muy extraño, teniendo en cuenta lo bien que lo están sus hombres. Mike Holliman está acusado de asesinato.

—¿Es un asesino?

Hubo un extraño destello en los ojos del joven rural.

—Tan sólo he dicho que está acusado de asesinato, no que sea un asesino.

—¿Hay alguna diferencia?

—Puede haberla. Yo cumplo con mi obligación, señorita. Y ustedes deben cumplir con la suya. Si saben dónde está Holliman, díganlo.

—Claro, que lo sabemos —intervino Rudy—. ¿Verdad, Steve?

—Seguro.

—Bien. Estupendo. Díganmelo.

—¡Hum! Usted representa un peligro para Mike, Burke.

—Según como se mire. Aunque parezca mentira, ustedes ayudarán a Mike, si me dicen dónde puedo encontrarlo.

—¿De veras? Bueno... Vea, muchacho, Rudy y yo tenemos nuestra manera especial de ayudar a Mike. ¿Verdad, Rudy?

—Seguro, Steve.

Rudy se había ido desplazando hasta colocarse detrás de Ted Burke. Cuando éste comprendió lo que estaban tramando los dos amigos, era ya un poco tarde para evitar el culatazo.

Lo recibió en el centro de la cabeza, un poco forzado dada su enorme estatura que dificultó la traidora acción de Rudy. El golpe no fue decisivo, pero sí bastó para que las piernas larguísimas del rural se doblasen. Y entonces, el segundo culatazo, sí fue decisivo.

Las piernas se le doblaron más. Eran enormes, y cuando el muchacho quedó tendido en el suelo, aún parecieron más largas.

Rudy enfundó el revólver, pero enseguida sacó un pañuelo con el que se secó el sudor.

—¡Uf! Creí que se daría cuenta antes de hacerlo.

—Eres un inútil, Rudy.

—¿Ah, sí? Me hubiese gustado ver cómo lo hacías tú.

—Bueno, lo que importa ahora es atar bien a este muchacho. Esperemos que Mike no se enfade cuando sepa lo que hemos hecho con él. ¿Recuerdas con qué entusiasmo nos lo nombraba allá, en... Prettown?

—Lo recuerdo. ¿Qué hacemos ahora?

—Está bien claro: avisar a Mike.

Madge permaneció silenciosa mientras Steve y Rudy se dedicaban a la tarea de atar sólidamente a Ted Burke. Luego, los siguió hasta el granero, lugar donde fue arrojado el muchacho sobre unas balas de heno seco.

Poco después, Steve y Rudy ensillaban sus caballos, dispuestos a galopar hasta Lenville para advertir a su desagradecido amigo Mike Holliman de lo que se le venía encima.

Pero los detuvo la voz de Madge:

—Yo iré con ustedes.

—¡No! Si Mike ha encontrado lo que buscaba, la situación no será de fiesta, precisamente.

—Iré con ustedes.

La firmeza de su voz no admitía réplica. Los dos comprendieron que Madge Robins iría a Lenville con o sin ellos.

Y era mejor que fuese con ellos.

* * *

Mientras tanto, Mike Holliman acababa de vendar a Lucille Howard.

Las ropas de la muchacha estaban sobre el sofá de rojo terciopelo, manchadas de sangre y casi destrozadas, por la dificultad que habían presentado a las manos del hombre al que se buscaba por asesino.

Lucille estaba tendida en el suelo, pero Mike comprendió que no podía continuar allí más tiempo. El sofá era el mejor sitio para ella.

De un manotazo, tiró el vestido al suelo. Luego, transportó allí a la muchacha, cuidadosamente.

Cuando aplicó su oído al corazón de la muchacha, lo oyó latir con débil ritmo.

Vivía. Eso era lo importante.

Entonces, cuando Mike se había sentado en el sofá junto a Lucille Howard, sonó la llamada a la puerta.

CAPÍTULO V

EN NOMBRE DE LA LEY

Mike se lo tomó con calma.

Quien fuese la persona que había llamado, demostraba que sus intenciones, buenas o malas, no eran traicioneras.

Mike se acercó a la puerta, se colocó a un lado de ella, y preguntó:

—¿Quién está ahí?

Una voz gruesa, profunda, inquirió:

—¿Mike Holliman? —Claro.

—En nombre de la ley: ¡salga!

Mike sonrió.

¿En nombre de la ley? ¿De qué ley? ¿Querían burlarse de él?

Su silencio hizo insistir al hombre que hablaba desde el otro lado de la puerta:

—Salga, Holliman. Todo lo malo que va a ocurrirle, es que será devuelto a Prettown.

Ahora, Mike estuvo a punto de soltar la carcajada. Todo lo malo que iba a ocurrirle, era ser llevado nuevamente a aquel maldito antro en el que querían consumir su vida.

Una cosa estaba decidida en el ánimo de Mike Holliman: no volvería a Prettown. Por lo menos, vivo. Era ya cuenta de los demás si querían llevarle allí... muerto.

Preguntó:

—¿Quién es usted?

—Clem Porter, alguacil de Lenville. Soy la ley, Holliman. Salga y entréguese.

—¿Por qué no entra usted, alguacil?

—No se me había ocurrido. Pero puesto que usted lo sugiere.

El pomo de la puerta giró a derecha e izquierda, intentando abrirla. Mike frunció el ceño. Allí, tras la puerta, tenía a otro de aquellos estúpidos representantes de la ley que se creían que por ese simple detalle eran inatacables, invulnerables.

Seguro que ni siquiera se había molestado, en ponerse a un lado de la puerta para evitar los plomos que pudieran pasar a través de ella. Debía ser uno de esos tipos orgullosos de su honradez, que se presentan a prender a cualquier peligroso pistolero con las manos en los bolsillos y ostentando su placa.

¡Malditos estúpidos!

Él no podía matar a tipos como aquél.

El pomo dejó de moverse, y el alguacil de Lenville, dijo:

—Lo siento, Holliman. Si no abre no puedo entrar. Gire la llave.

Mike le hizo caso.

Inmediatamente, la puerta se abrió, ni despacio ni de prisa. Con naturalidad, como si aquel hombre estuviese entrando en su casa. Apenas dentro, el alguacil volvió a cerrar. Tranquilo. Siempre tranquilo.

Era un hombre de más de cincuenta años. Su rostro parecía tallado en piedra, muy moreno; destacaban unos ojos increíblemente azules y unas, grandes orejas. Parecía un viejo león, aspecto que se acentuaba por sus largos cabellos, casi melenudos.

No llevaba ningún arma en sus manos; sólo un revolver descansaba en la funda colgada de la cadera derecha.

Era un hombre de aspecto agradable, fuerte, de intensa personalidad.

Sonrió, mirando a Mike.

—Hola, Holliman. ¿Incómodo? Los tipos de Wallis son duros.

—Depende de quién sea su enemigo.

—Es cierto.

Clem Porter miraba atentamente en torno suyo. No prestaba demasiada atención a Mike, del cual no parecía esperar nada malo.

Cuando vio el cuerpo de Lucille Howard tendido sobre el sofá, preguntó:

—¿Muerta?

—Todavía no. Ni siquiera me parece muy grave.

El alguacil señaló hacia la ventana por la que habían entrado los plomos.

—La hirieron ellos, ¿no?

—Claro.

Clem Porter se acercó a la muchacha, inclinándose sobre ella cuando estuvo a su lado. La miró atentamente. Luego, su mirada se posó sobre el

vestido, tirado en el suelo.

—Buen trabajo el suyo, Holliman.

—Oiga, no creerá que...

—Por supuesto que no. Usted no es de los tipos que me parecen capaces de hacer ciertas barbaridades. Ha venido aquí con un objetivo y personalmente no puedo censurarlo. Pero antes de llegar usted a Lenville recibí un telegrama del *sheriff* del condado. Tengo que apresarle, Holliman.

Mike sonrió.

—Hágalo.

—Gracias.

Clem Porter extrajo unas esposas de un bolsillo; las abrió y se encaminó con ellas hacia Mike. Parecía bastante aburrido.

Y ni siquiera se sobresaltó cuando al ir a colocarlas en las muñecas del reclamado por asesinato se encontró con la boca del cañón del revólver de éste clavado en su estómago.

—Usted no pensaría que yo me iba a entregar, ¿eh, alguacil?

Porter suspiró, guardándose las esposas.

—Claro que no. Pero mi obligación era intentarlo.

—Lo comprendo.

—Vea, Holliman, usted me cae simpático.

—¡Hum!

—No se ría. Lo digo en serio. Y le diré una cosa que quizá le sorprenda.

—Lo dudo.

—Comprensible. ¿Se apuesta diez dólares a que lo sorprendo?

Mike introdujo la mano izquierda en uno de sus bolsillos. Extrajo un billete, mostrándolo al alguacil.

Y dijo:

—Veamos sus diez dólares.

Clem Porter rió. Sacó sus diez dólares apostados, y dijo:

—Solicito su ayuda, Holliman.

Mike achicó los ojos, al tiempo que ladeaba la cabeza.

—¿Mi ayuda? —musitó.

—Se ha extrañado usted, Holliman. Luego, he ganado la apuesta.

—Pura palabrería, alguacil. Tiene que demostrarme que, en efecto, solicita y necesita mi ayuda. Demostrando eso, es cuando me sorprenderá de veras.

—Muy bien. Hace cuatro días mataron a un hombre. Lo asesinaron, para ser absolutamente exactos. Se llamaba Herbert Robins.

—¿El padre de Madge Robins?

Clem Porter fue quién se sorprendió grandemente ahora.

—¿Lo conocía?

—A él, no.

—No le comprendo, muchacho.

—¿Y qué? Gane su apuesta, alguacil. Dígame para qué me necesita.

—Herbert Robins se dirigía hacia Lenville cuando fue asesinado. Su propósito era pagar una deuda...

—Una hipoteca sobre su rancho.

—Exacto. Muy enterado está, Holliman.

—En la cárcel se entera uno de todo —ironizó Mike.

—Ya. Robins fue asesinado. Apareció con unos balazos en la espalda. Lo que no apareció fue el dinero, que su mujer e hija aseguraron que llevaba encima.

—Correcto. Siga; me está interesando, alguacil.

—Ahora se sentirá aún más interesado. Yo... —hizo una pausa—. Bueno, yo sé quién es el asesino.

—Deténgalo. ¿O no puede hacerlo?

—Pues, no. Dio en el clavo, Holliman. No puedo hacerlo... sin su ayuda.

—Todavía no me parece que haya ganado usted los diez dólares, alguacil.

—Entonces, escuche esto: con su ayuda...

Durante cinco minutos, Mike Holliman escuchó con interesada atención las palabras del hombre que se había presentado ante él en nombre de la ley.

Y cuando Clem Porter, alguacil delegado en Lenville, salía de aquella habitación en la que había una mujer malherida y un hombre al que se buscaba por asesino, llevaba en sus bolsillos diez dólares limpiamente ganados.

Mike todavía le preguntó:

—¿Y luego?

—¿Qué quiere decir, Holliman?

—Me refiero a luego, cuando su asunto esté solucionado. ¿Cuál será su comportamiento conmigo? ¿Cómo se decidirá nuestra cuestión?

—¿Se refiere a lo de apresararlo? —Porter se acarició la firme barbilla. Y sonrió—. Bueno, quizá yo no me entere de que usted ha estado en Lenville, Holliman. Hasta luego.

CAPÍTULO VI

EL HONRADO THOMAS WALLIS

Tom Wallis miró furiosamente a Gordon.

—¿Lo tenéis cercado? ¿Dices que lo tenéis cercado?

—Sí, señor Wallis.

—¡Maldito seas, Gordon! ¿Crees que soy un imbécil?

—Desde luego que no, señor Wallis.

—Entonces, ¿cómo te atreves a decir que tenéis cercado a un hombre al cual no podéis acercaros?

—Bueno, ese Holliman dispara como...

—¡No me importa cómo dispare! Le cogisteis miedo en el rancho de Robins, ¿eh?

—Pues...

Thomas Wallis se levantó de un salto y se puso a pasear nerviosamente por el bien amueblado despacho de su casa de Lenville.

Gordon, que había estado sentado frente a él, también se levantó, respetuosamente. Tuvo que esperar algunos minutos antes de que Wallis continuase dirigiéndose a él.

—Escucha, Gordon: ese Holliman me odia. Desde su punto de vista, tiene motivos. Yo declararé contra él hace casi tres años. En realidad fue mi testimonio lo que le llevó a la cárcel por veinte años. ¿Sabes por qué se ha fugado?

—Porque es un tipo listo.

Wallis lo fulminó con la mirada.

—¡Es un asesino! —gritó; se calmó enseguida—. Un asesino. Eso es lo que es Mike Holliman. Un maldito asesino que quiere vengarse de mí y de la desdichada Lucille.

—A la chica me parece que la hirió Summers, señor Wallis. Aunque si Holliman quiere vengarse de ella, no hacía falta la herida de Summers. Ese tipo me parece que sabe buscar su venganza. Lucille no lo pasará muy bien con él.

—¡Pues hay que evitarlo! ¿Comprendes, Gordon? Si él no quiere salir, entrad vosotros. Matadlo cuanto antes. Nadie os pedirá cuentas por ello. Es un asesino fugado de la cárcel. Se os felicitará.

—Seguro. Sobre todo ese maldito alguacil, Porter.

—Deja en paz a Porter. No tiene nada que ver con esto. Es más: creo que incluso puede ayudarnos a matar a Holliman.

—¿Sí? —rió Gordon—. Sepa una cosa, señor Wallis: Clem Porter entró hace media hora a ver a Holliman. Uno de mis hombres lo siguió. Porter entró en la habitación donde está nuestro hombre asediado. Y cuando salió, el alguacil iba contentísimo. No se oyó ni un disparo dentro.

—¿Porter estuvo con Holliman y no lo detuvo?

—¡Ajá!

Thomas Wallis tuvo una explosión de ira. Su correcto semblante se alteró. Era un hombre de unos treinta años, alto, elegante en su porte y en sus ropas. Llevaba un Colt del 38 en una funda sobaquera, aunque prefería no tener que usarlo.

—¡Pues bien, yo no, voy a consentir que un maldito asesino me mate! Soy un hombre honrado, tranquilo. No puedo tolerar que por declarar a favor de la ley, me busquen luego para matarme.

—Nosotros lo impediremos, señor Wallis.

—Je. Veamos cómo. Os he pagado ya cinco mil dólares por un trabajo que ni siquiera habéis comenzado. Mucho disparar contra Holliman pero sólo habéis conseguido herir a Lucille... O matarla. Dime la verdad, Gordon, ¿la habéis matado?

—Creemos que no, señor Wallis.

—¿Creéis que no? Si ella muere, contrataré a otros pistoleros para que os maten a vosotros.

—Cuidado, señor Wallis. Eso no me gusta. Ni les gustaría oírlo a mis muchachos. Además, usted no quiere a la chica.

Thomas Wallis enrojeció. Pareció que fuese a soltar un torrente de palabras, pero ninguna salió de su boca. Cuando la sangre recuperó su normal circulación, dijo:

—Márchate, Gordon. Y matad cuanto antes a Mike Holliman. Recuerda que hay cinco mil dólares más para ti solo, si lo conseguís. Y no me importará

lo que digan de mí, por haber entrado en tratos con vosotros. Yo quiero vivir.

—Natural. Prepare los cinco mil, señor Wallis.

—Los tendrás.

Gordon sonrió irónicamente.

—Oh, seguro. No lo he dudado ni un momento. ¿Me comprende, verdad?

—¿Me amenazas?

Gordon volvió a reír, abandonando el despacho de Thomas Wallis, y luego la casa.

Wallis fue hacia la ventana, desde la que vio a Gordon salir a la calle.

Cuando iba a volver a su mesa de despacho, Wallis lanzó una exclamación:

—¡Madge Robins!

La muchacha cabalgaba muy despacio por el centro de la calzada. A su lado iban sus dos únicos vaqueros, uno a cada costado.

Thomas Wallis se puso rápidamente la chaqueta, cogió el sombrero, y segundos después estaba en la calle.

* * *

Rudy señaló con la barbilla.

—Por ahí viene Thomas Wallis, señorita Madge.

—Durará poco —rió Steve—. Oye, Rudy: ¿dónde debe estar Mike?

—Cualquiera sabe. Lo mismo puede estar en... ¿No es aquel tipo el que está mañana vino buscándolo al rancho?

Steve miró en la dirección indicada...

—Seguro. Y está charlando con otro de los que vinieron. Miran hacia el saloon de Sprague el Gordo.

—Le habrán tomado ojeriza al bueno de Gordo Sprague. ¿Por qué debe estar tan gordo?

—Debe comer mucho.

—Y bien. Pero esos tipos no creo que se preocupen por Sprague. Más bien diría... ¡Allí está Mike!

Mike Holliman había aparecido en la ventana. En el acto, Gordon y sus hombres dispararon contra él, obligándole a ocultarse.

Madge palideció, pero Steve y Rudy quisieron lanzarse hacia delante.

—¡Malditos cobardes! Vamos a ayudar a Mike a...

—¡No! —prohibió inesperadamente Madge—. No es ésa la mejor manera de ayudarlo. Busquen otra, menos peligrosa... más eficaz.

—¿Qué quiere decir?

—Que si se acercan tan decididamente dispuestos a ayudarlo, es muy posible que Mike Holliman se quede sin amigos y mi madre y yo sin vaqueros. Ayúdenle... pero con discreción.

Steve y Rudy se rascaron la nuca. Pero no pudieron decir nada, porque en aquel momento Thomas Wallis llegaba hasta ellos, al lugar donde se habían detenido al sonar los disparos.

—Buenas tardes, Madge.

—Hola. Tom. ¿Son sus hombres aquéllos?

—Temporalmente. Sé que esta mañana no se comportaron en su rancho como hubiese sido mi deseo. Pero cumplían unas órdenes mías...

—¿Las de golpear a mis vaqueros?

—¡Oh, no, de veras! Se trata de un asesino, Mike Holliman. Se ha fugado de la cárcel y quiere asesinarme, porque declaré contra él en un juicio hace unos dos años.

—¿Así que fue usted? Steve y Rudy me han contado cuanto sabían del caso... qué era bastante.

—Éste es un asunto muy desagradable, Madge, pero mi vida vale más que la de un asesino. ¿Ha pensado en mi oferta, Madge?

—No. Y no lo he hecho porque no pensamos vender el rancho, Tom.

—Pero... Bueno, yo se lo pagaría espléndidamente.

—Mi padre no se lo quiso vender, Tom. Y no lo haremos mi madre y yo.

—Perdone mi insistencia, Madge, pero su rancho es el mejor situado, y quisiera... Ya sé que no es muy grande, ni muy rico en pastos. Pero con unos cuantos pozos artesianos y dinero yo podría convertirlo en el más bello de Texas.

—¿Para qué?

—Pues...

Thomas Wallis estaba visiblemente turbado.

—Además, hay otra cosa, Tom. El rancho está hipotecado, y aún tardaremos mi madre y yo un tiempo en volver a reunir la cantidad que le robaron a mi padre cuando lo asesinaron. Por suerte, tenemos tiempo de conseguir el dinero antes de que venza el plazo de la Hipoteca. ¿Verdad que no sabía esto?

Wallis se permitió sonreír.

—Lo sabía. La hipoteca de su rancho la tengo yo. La compré al Banco.

Madge se sofocó.

—Entonces, sólo tiene que esperar que mi madre y yo tengamos otro tropiezo... y el rancho será suyo.

—¡Madge! No creo merecer...

—Lo siento, Tom. Perdóneme. ¿Por qué no acude Clem Porter? ¿Es que va a consentir que esos hombres de usted maten a Mike Holliman?

—¿Por qué no? Al fin y al cabo es un asesino. Si Porter presenta el cuerpo a sus superiores, será felicitado. Su comportamiento es el más sensato.

—O el más cobarde.

—Todos sabemos que el alguacil Clem Porter no es un cobarde, Madge. Se muestra usted hoy muy injusta con todos los que somos amigos suyos. ¿Le ocurre algo?

—Nada. Ya le dije que lo siento.

—Mira mucho hacia allí, Madge. ¿Le interesa ver cómo muere el asesino que estuvo en su rancho?

—Mike no es...

Wallis frunció el ceño, entre asombrado e irritado ante lo que había estado a punto de decir la muchacha. Pero Steve no le dio lugar a exteriorizar sus pensamientos, al preguntar:

—Allá van tres de sus hombres, señor Wallis. Entran en el saloon de Gordo.

—Querrán tomar una copa, supongo.

Los dos amigos se miraron.

—Nosotros no lo suponemos así. Vamos, Rudy.

—¡Oigan, les aconsejo...!

—Casi le doblamos la edad, Wallis. Somos nosotros quienes podríamos aconsejarle a usted.

—Pues háganlo. Pero no se acerquen al saloon.

Rudy rió estrepitosamente. Su risa resonó en la solitaria calle, vacía de los habituales transeúntes, todos refugiados de los posibles plomos que siguiesen caminos inciertos. Tan sólo destacaban, estratégicamente situados, los pistoleros que obedecían a Gordon, ávidos en cazar a un solo hombre.

Zumbido de moscas.

Silencio tan levemente roto.

El sol que se iba ya cayendo.

Atardecer.

Presagio de sangre.

Sí, la risa de Rudy resonó demasiado estrepitosamente en la calle.

Y luego desgranó su consejo:

—Óigalo bien, Wallis: márchese ahora de Lenville. Lárguese bien lejos, y a ser posible a un lugar en el que a Mike no se le ocurra buscarlo. Pero hágalo ahora, aprovechando que él está cercado.

—Mike Holliman no tendrá ocasión de molestarme más. ¿Acaso le creen invencible?

Los dos amigos rieron a la vez.

Luego, silbando Dixie, dirigieron sus caballos hacia el saloon, donde estaba acorralado Mike Holliman, un asesino.

Mike los oyó silbar. ¡Era tan fácil oírlo todo en medio del silencio que se adueñaba de Lenville cuando no disparaban los hombres de Wallis!

Demasiado silencio.

Arrojó furiosamente el cigarrillo que estaba liando y se arrastró hasta la ventana. Sabía hacia donde tenía que mirar. Y lo hizo. Tan rápidamente, que el hombre que le vigilaba desde el tejado de la casa de la acera de enfrente, disparó cuando Mike ya no estaba.

—¡Malditos viejos...!

Sabía que era injusto al llamar viejos a Steve y Rudy; pero se acostumbró a hacerlo así en Prettown. No, no eran viejos. Y si se decidían a empuñar las armas...

Pero ¿por qué meterse en aquel jaleo? ¿Qué les importaba a ellos?

—Mike...

—Hola, Lucille. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Me... me hirieron...

—Sí. En la espalda. Espera, no te muevas.

Fue hacia ella y se sentó en el suelo, al lado del sofá, tras ponerle un almohadón.

—Procuraré que venga un médico a verte, Lucille. Aunque supongo que el alguacil lo hará venir por su cuenta. Mientras estabas desvanecida estuvo aquí el alguacil de Lenville.

—No... no estaba desvanecida, Mike. Lo oí todo.

—¿Todo?

—Supongo... supongo que sí. Quisiera... quisiera casarme con Tom...

—¿A pesar de lo que oíste?

—Eso no me importa... Si voy a... a morir, quisiera hacerlo como esposa de Thomas Wallis,, aunque no sea el honrado Wallis que todo Lenville considera... ¿Voy a morir, Mike?

Mike Holliman tardó mucho en responder.

—No lo sé, Lucille. Yo... yo no entiendo de estas cosas.

La muchacha sonrió tristemente.

Y luego preguntó:

—¿Es verdad lo que ha dicho el alguacil de Tom?

—Supongo que sí, Lucille. ¿Cómo puedo saberlo? Si pudiera hacer algo por ti, lo haría, de veras.

—No lo harías, Mike. Te pediría que no matases a Tom... o que antes de hacerlo lo obligases a casarse conmigo.

—Lo último puedo intentarlo. ¿Tanto significa para ti?

—Todo, Mike.

—Clem Porter también tiene derecho a opinar en esto, Lucille. Él es quien tiene que tomar la última decisión. Tu amado Tom le pertenece...

Sonó una llamada en la puerta.

Apenas nació el primer sonido, Mike estaba en un ángulo de la estancia, encorvado, con el revólver en la mano. Sus ojos se habían achicado, su boca se había endurecido, su saliente mentón parecía proyectarse aún más hacia adelante.

—Soy el doctor Siegel —dijo una voz.

Mike suspiró, libre de la tensión nerviosa. Enfundó el revólver y se dirigió rectamente a la puerta.

Apoyó la mano izquierda en el pomo, lo hizo girar, y abrió.

CAPÍTULO VII

LA MUERTE LLAMA A LA PUERTA

Ni siquiera estaba la puerta completamente abierta, cuando Mike se ladeó con brusca velocidad hacia la izquierda.

Su mano izquierda soltó el pomo, la derecha tiró del revólver.

Y simultáneamente sonaron los dos disparos cuyos plomos rozaron con rabiosa cadencia su cuello. El revolver que había disparado estaba ante los ojos de Mike Holliman. Y el hombre que lo empuñaba gritó al comprender que sus disparos no habían sido mortíferos. Fue un grito de aviso y de miedo a la vez.

Quiso encoger el brazo y variar la posición del arma para disparar otra vez con mayores probabilidades contra Holliman.

Pero no.

No pudo hacerlo.

Cuando su brazo intentaba adoptar la nueva posición, Mike Holliman ya había disparado una sola vez su revólver.

El hombre volvió a gritar, pero esta vez agónicamente, retrocedió un paso; soltó el revólver; sus manos subieron hasta la cara, arañándola, intentando arrancar de allí aquel dolor que era el aviso de la muerte.

Retrocedió otro paso.

Pero Mike no podía prestarle excesiva atención, pues otros dos plomos, casi juntos, astillaron el marco de la puerta...

Estuvo tentado de encerrarse de nuevo en la habitación, pero comprendió que no podía o que no debía alargar mucho aquella situación. Lo mejor era acabar de una vez, salir de allí.

Saltó hacia el pasillo, cayendo sobre el piso de madera de éste de rodillas, prietos los dientes, duro el gesto, vigilantes los ojos.

Había allí dos hombres más, y su sorpresa ante la osadía suicida del hombre al que consideraban acorralado, pareció helarlos, inmovilizarlos, estatuizarlos.

Uno de ellos jamás podría recobrase de su estupor, pues una bala le atravesó limpiamente el corazón. Ni siquiera gritó. Cayó hacia adelante con tal parsimonia que parecía que lo fuesen sujetando. El otro reaccionó.

Pero poco.

Muy poco.

Comprendió que tenía delante un verdadero enemigo, uno de éstos a los que para vencerlo se tiene que recurrir a dos únicas cosas: a la suerte o a la traición.

La suerte...

También él se dejó caer de rodillas, mientras su mano izquierda, de canto, se dirigía con rapidez a golpear el percutor del revólver. Una buena rociada de balas podía acabar con tan peligroso enemigo.

Mas tampoco la suerte favoreció al pistolero alquilado por Thomas Wallis. Consiguió disparar tres plomos, eso sí; pero ninguno de ellos encontró el escurridizo cuerpo de un hombre que estaba reconocido como uno de los mejores revólveres de Texas. Mike Holliman ya no estaba en el mismo sitio. Los plomos zumbaron con brevedad, hasta clavarse en la pared del fondo.

Los disparados por Mike Holliman también zumbaron, pero no para clavarse en la pared del fondo, sino en el pecho de su último antagonista.

Cuando éste quedó tendido en el suelo, las piernas se le agitaron convulsivamente, durante unos segundos. De pronto quedó inmóvil.

Con el rabllo del ojo, Mike vio a otro enemigo, en pie detrás de él. Se revolvió, todavía casi tendido en el suelo, dispuesto a hacerle frente.

No llegó a disparar, porque aquél, que él había creído su cuarto enemigo, no era sino el primero, el que había llamado a la puerta diciendo ser el doctor Siegel.

Todavía estaba en pie, colgantes ahora las manos, caído sobre sus ojos el sombrero.

Mike se incorporó, se acercó al hombre y, con la punta del cañón de su revólver lo empujó levemente por el pecho. El hombre cayó hacia atrás, tieso, rebotando su cuerpo contra el suelo. Quedó boca arriba, mostrando el ensangrentado rostro.

Sin prisa, los fue luego mirando uno a uno. Convencido de que estaban muertos, regresó a la habitación donde estaba Lucille Howard.

Se detuvo en la puerta, asaltado por un presentimiento. Lucille estaba tal y como él la había dejado, aunque un poco incorporada. Sin embargo, ese poco debía costarle un gran esfuerzo.

Lo miraba a él, con los ojos muy abiertos. Su boca se movió de un modo extraño, como si quisiera hablar. Mike prestó mucha más atención a los ojos. Estaban hieráticamente fijos en la puerta, cerca de él, mirando algo que angustiaba a la muchacha.

Mike Holliman miró hacia la ventana que daba a los tejadillos de los porches, luego hacia Lucille Howard, y finalmente hacia la puerta que tenía ante él.

Podía equivocarse, pero nada perdería por intentarlo.

Adelantó un paso, apoyó la palma de la mano derecha en la hoja de madera y la impulsó con fuerza, obligándola a abrirse del todo hacia adentro de la habitación.

Normalmente, la puerta hubiese llegado casi hasta la pared, pero no sucedió así entonces, sino que se detuvo bastante antes. Y al mismo tiempo, tras ella, sonaba la malsonante exclamación de un hombre.

De un salto, Mike penetró en la habitación, vuelto de cara hacia la puerta abierta. Disparó contra éste los dos últimos cartuchos que quedaban en el cilindro, a la altura del corazón de un hombre de estatura corriente.

Primero se oyó el ruido de un objeto pesado al caer al suelo; poco después, un contenido gemido. Finalmente, muy despacio, la puerta fue separándose de la pared, como si alguien se dispusiese a cerrarla, muy despacio.

Mike se levantó para completar el giro de la puerta.

El hombre que tenía ambas manos agarrotadas en el pecho se precipitó sobre Mike, pero éste se limitó a apartarse, dejándolo caer, ya muerto, al suelo.

El fugado de la cárcel de Prettown se pasó la manga de la camisa por la frente; había allí gotas de sudor producto no solamente de la tensión y del esfuerzo, sino de la plena consciencia, del conocimiento de que esta vez había salvado la vida por milagro.

¿Por milagro?

Miró a Lucille. Ella estaba de nuevo tendida en el sofá, ya sin esforzarse en mirarlo. Mike oía su respiración agitada.

Enfundó el revólver. Cogió al hombre que se había ocultado detrás de la puerta por los pies, y tiró de él hasta llevarlo al pasillo, junto a los otros.

Entró en la habitación, cerró otra vez con llave y fue junto a Lucille.

—Lucille.

Ella abrió los ojos. Estaba intensamente pálida, y le temblaban los labios; una de sus manos colgaba, lacia, por el costado sin respaldo del sofá.

—Gracias, Lucille.

—Mike, quiero..., quiero ver a..., quiero...

—Seguro, Lucille. Lo traeré. Le haré venir sea como sea. ¿De veras quieres casarte con él?

—Sí...

—¿A pesar de saber que es un asesino?

—El... él no lo hizo.

—Pero dio la orden de que se hiciese. Es lo mismo.

—¡No! No... es... lo mismo.

Mike cogió la colgante mano de Lucille Howard.

—Escucha, Lucille, Clem Porter busca a Wallis. Es a él a quien quiere prender, no a los hombres que obedecieron sus órdenes y mataron a Herbert Robins. ¿Comprendes esto? El alguacil va tras Thomas Wallis; para él no tiene tanta importancia los hombres que mataron a Robins, como el hombre que ordenó que se hiciese. Una vez preso Wallis, no será demasiado difícil que éste diga los nombres de los asesinos activos.

—Mike..., por favor.

Mike Holliman hizo un gesto de impotencia.

—De acuerdo. Aunque me parece que primero es más importante buscar al verdadero doctor Siegel... si es que hay alguno que se llame así en Lenville.

—No, Mike..., estoy bien. De... de veras...

—Ya. Muy bien, traeré a Wallis y a quien pueda casaros. Luego...

—¿Lo... matarás?

—Quisiera poder contenerme, Lucille. Pero recuerda que él declaró en falso contra mi hermano. Es imposible que Thomas Wallis viese a mi hermano Jim hacer aquello, o verlo cuando se marchaba después de hacerlo, Lucille. Y digo que es imposible porque Jim no pudo hacerlo. ¡No pudo hacerlo! ¿No lo comprendes, Lucille? Tú amabas a mi hermano. Ahora ya no está reciente la muerte de tu hermano. Y los dos están muertos. Recuerda, Lucille: ¿tú crees que Jim pudo hacer aquello?

—Creo... creo que no...

—Entonces, ¿por qué Wallis mintió, al decir que...? ¿Por qué acusó a mi hermano? Y luego declaró contra mí en el juicio, Lucille. Cuando me condenaron a veinte años, Burke me dijo que en su vida había visto una cara

tan alegre como la de Thomas Wallis aquél día. Creo que Ted Burke fue la única persona que lamentó la sentencia dictada contra mí. ¿Por qué, Lucille? Ni yo maté a tu hermano por la espalda, ni Jim hizo aquello. ¿Por qué aquella saña entonces, contra nosotros?

—Ya... ya lo sé...

—¿Qué es lo que sabes? ¿El motivo de que todo fuese dirigido contra los Holliman?

—No... Sé que tu hermano..., que tu hermano no...

La cabeza de Lucille Howard osciló desmanejadamente hacia la derecha.

—¡Lucille!

Mike Holliman estaba demudado. ¿Había oído mal? ¿Estaba dando a la inacabada frase de la mujer una interpretación que no era cierta, que no era la que ella hubiese querido darle de no perder el conocimiento?

Le movió la cara con suavidad, hacia un lado y otro.

—Lucille.

Inútil.

Durante más de un minuto, Mike Holliman permaneció inmóvil, pensativo, con la cabeza inclinada. Y posiblemente hubiese continuado así, de no ser por los disparos que restallaron en el cada vez más espeso y trágico silencio, que se había adueñado de Lenville.

Habían sonado abajo, en la planta baja del saloon. Y de pronto Mike recordó que Steve y Rudy se habían dirigido hacia allí, seguramente con ánimo de ayudarle a salir de la encerrona.

Sonaron más disparos.

Recargó rápidamente el revólver, corriendo hacia la puerta. La abrió con la misma instintiva precaución que la vez anterior le había salvado la vida.

No había nadie... vivo. Los cadáveres de los cuatro hombres continuaban allí.

Corrió hacia la escalera, y posiblemente hubiese bajado por ella hasta la planta baja del saloon, dispuesto a ayudar a los dos hombres que habían querido ayudarle a él, de no resonar la voz de Rudy:

—¡No bajas, Mike, no bajas! ¡Nos han...!

Se oyó una nueva y feroz palabrota, y un ruido que Mike conocía muy bien, un ruido que sólo podía ser producido, por el choque de un revólver contra una cabeza humana.

—Malditos...

Era absurdo intentar bajar. Seguro que varios rifles y revólveres estarían apuntando hacia lo alto de la escalera, de tal modo que caería acribillado

apenas apareciese en el primer peldaño.

—Yo os enseñaré...

Rabiosamente, Holliman enfundó el revólver, ya recargado. Uno a uno, fue arrastrando a los cuatro hombres muertos en el pasillo, llevándolos al interior de la habitación que era una ratonera para él. Les despojó de los cintos, que reunió en un montón, junto con los revólveres que habían perdido aquellos hombres durante la lucha.

Acto seguido llevó a los cuatro junto a la ventana, siempre a gatas.

El primero fue el falso doctor Siegel.

Mike se arrodilló junto a él, de forma que sus pies quedasen junto a la cabeza del hombre. Primero lo agarró por un brazo; luego por el otro. Comenzó a incorporarlo, siempre de espaldas al muerto, hasta conseguir que éste quedase sentado. Entonces, sus manos descendieron hasta los sobacos del cadáver, y lentamente, a pulso, fue izándolo hasta que él y el muerto quedaron espalda contra espalda, pero todo el peso del cadáver sobre él.

De pronto, Mike notó un vahído. La cabeza giró inesperada, velozmente; notó una quemazón en el costado herido la noche anterior. Cayó hacia, delante, estrellándose de cara contra el piso.

Poco a poco la cabeza fue frenando su marcha giratoria, hasta parar definitivamente.

Mike Holliman estaba tendido en el suelo, boca abajo, con un muerto encima. Veía las cosas desde un ángulo insospechado, de una manera extraña.

Y se dio cuenta de que la tarde sería ya, muy pronto sustituida por la noche.

—Mejor.

Realizó un gran esfuerzo que le permitió levantar al cadáver sobre su espalda. Luego, muy despacio, a gatas, caminó hacia la ventana. Se colocó bajo ésta y, lentamente, se fue enderezando, de tal modo que el cadáver que llevaba a las espaldas fue apareciendo por la base interior del marco.

Fuera, en la calle, en el tejado de enfrente sonaron varios disparos. Mike notó cómo aquel cuerpo ya muerto vibraba al recibir los plomos que sus compañeros creían disparar contra Mike Holliman.

Sacudió los hombros, y el muerto saltó por la ventana, cayó sobre el tejadillo del porche que había debajo, y fue rodando por éste hasta que al llegar al extremo, cayó a la calle, sobre el polvo.

Mike oyó voces y maldiciones.

Un minuto después, otro cuerpo aparecía por la ventana, caía sobre el tejadillo del porche y, luego, a la calle. Minuto y medio después, otro.

Ya nadie disparaba, nadie maldecía, nadie gritaba.

Parecía que Lenville fuese un pueblo fantasma, que no hubiese nadie allí. Tan sólo Mike Holliman, aplicado a su tétrica tarea.

Cuando asomaba el cuarto cadáver, Mike tuvo un acceso de risa nerviosa. ¡No podrían vencerlo! Él les demostraría quién era Mike Holliman, el hombre que había pasado más de dos años en una cárcel injustamente acusado. El hombre que no había querido pasar más tiempo allí, y que se había fugado a la: primera oportunidad. El hombre que no estaba dispuesto a dejarse coger ni a dejarse matar...

El cuarto cadáver rebotó contra el tejadillo, rodó, cayó.

Mike se sentó.

Respiraba agudamente, con el aliento entrecortado. No se encontraba bien... Se llevó la mano al costado y cuando la retiró estaba llena de sangre.

Se limpió en el pantalón, mientras giraba la vista a su alrededor. Vio los restos de las destrozadas prendas íntimas de Lucille, que él había utilizado para vendarle la espalda y contener la salida de la sangre hasta que llegase allí un médico que pudiese atenderla mejor.

Mike tuvo que hacer extraños gestos con la boca y nariz, atirantando los párpados abajo, y los párpados; parecía que estos últimos quisiesen pegarse uno a otro, cerrarse...

Estaba cansado. Muy cansado.

Y entonces, por la ranura entre el marco y la puerta de la habitación entró aquella voz, en cálido susurro:

—Mike... Mike Holliman...

Y Mike Holliman sonrió. Una vez más llamaban a la puerta. Pero esta vez, no era ni la ley ni la muerte...

CAPÍTULO VIII

LA MEJOR VISITA

Mike no desplegó ninguna clase de precauciones aquella vez.

Se levantó, fue hacia la puerta y la abrió, sencillamente.

Y sonrió.

—Hola.

Madge Robins dio un paso atrás.

—¡Oh!

—¿Qué ocurre? ¿Es por mi aspecto?

Pasada la primera impresión, Madge entró. Mike cerró la puerta, se recostó en ella y miró a la muchacha. Ella también lo miraba a él. Y por cierto que su aspecto no era agradable en absoluto.

Aparte de la sangre que empapaba su costado, Mike Holliman tenía dos finos surcos en el cuello, casi juntos, por los cuales brotaba la sangre, aunque en menor cantidad; la suficiente, sin embargo, para que su aspecto fuese verdaderamente lastimoso.

—Han agarrado a Steve y Rudy, Mike.

Él frunció el ceño. La muchacha lo trataba con una naturalidad que a él no le parecía justificada, lógica; lo trataba como si lo conociese de más tiempo.

—Lo suponía. Es lo menos que se merecen, por meterse, donde no les ha llamado nadie.

—Venían a ayudarte —reprochó Madge.

—Ya lo sé. Y no les dejaron subir, ¿no es eso?

—Eso es.

Madge encontró por fin lo que había estado buscando mientras hablaba con Holliman. Había echado un breve vistazo a Lucille, y pensó que si aquella mujer estaba vendada con sus propias ropas, era que se podían emplear también en beneficio de Mike Holliman.

Éste preguntaba:

—¿Por qué la dejaron pasar a usted?

Madge Robins estaba ya junto a Mike, con las tiras de fina ropa en sus manos. Lo miró fijamente, y, de pronto, sus ojos mostraron una luminosidad más intensa al sonreír la muchacha.

—Quítese la camisa. Tal como está no le sirve de nada.

—Seguro. Lástima de veinticinco dólares.

—Es cierto.

—Antes hice una pregunta, señorita.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Pregunté que por qué no dejaron pasar a Steve y Rudy y sí a usted.

—Ah, sí. No me han dejado pasar.

La muchacha estaba ya vendando fuertemente las tiras de tela en torno a la cintura de Mike; cada vez que los brazos de la muchacha se pasaban el rollo de una mano a otra, en la espalda del herido, éste notaba en su cuello el aliento de ella, por la mayor proximidad de ambos rostros.

—¿No la han dejado pasar?

—No —la muchacha alzó la cabeza para mirar a Mike justamente cuando se pasaba la improvisada venda de una mano a otra—. Lo que ha ocurrido es que no me han visto.

—¿Es eso posible?

Madge dio por terminado el vendaje.

—Lo es. Entré por la puerta trasera.

—Aun así...

—Estaban todos muy ocupados. Su manera de hacerles ver que todavía continuaba con vida y dispuesto a la lucha ha sido un poco... un poco macabra, ¿no le parece?

—¿Se refiere a los hombres que tiré por la ventana?

—Claro. Tom se asustó tanto que se marchó.

—¿Se refiere a Thomas Wallis?

—Sí. Pero no le servirá de nada, porque Porter fue tras él. Es más que seguro que ahora Tom está rindiendo cuentas por haber armado este tiroteo en la calle.

—¿Dice que el alguacil fue tras él? ¿Cuándo fue eso?

—Después de que usted tiró el segundo cadáver, Tom se marchó. Y yo vi a Porter seguirlo. Porter debía haber estado escondido y vigilando su oportunidad, porque hasta aquel momento no se le había visto por allí.

Mike estuvo unos segundos pensativo. Y de pronto encontró el medio de salir de allí sin que los hombres de Wallis se dieran cuenta de ello.

—¿Por dónde vino usted sin que los hombres de Wallis se dieran cuenta?

Madge lo explicó.

Poco después, Mike se disponía a salir de la habitación. Pero se detuvo en el umbral de la puerta al oír la voz de la muchacha:

—Mike.

—¿Qué?

—Esos pistoleros...

—No hay cuidado. Yo soy más malo que ellos. Soy un asesino. ¿Recuerda?

—No quise... En realidad, yo temo por usted...

—Sí, eso me ha parecido. Parece que sienta un gran interés hacia mí. Pero olvídeme, y recuerde en cambio lo que le he dicho. Nadie debe entrar aquí; absolutamente nadie, mientras yo esté ausente. No deben darse cuenta de que ya no es un hombre, sino una mujer quién está haciéndoles frente. Si alguien se acerca a la puerta, dispare a través de ella. Si disparan por la ventana, no conteste al fuego.

—Y mientras, usted...

—Eso es. Yo haré una visita a Thomas Wallis.

—Mike... —musitó otra vez la muchacha.

—Diga una cosa, señorita Madge —la interrumpió él—: ¿se está enamorando de mí?

—No.

—Lo celebro.

Madge sonrió.

—No me estoy enamorando porque ya lo hice anoche. ¿Recuerda? Creo que eso ocurrió cuando me miró tan fijamente...

—Lamento haberlo hecho.

—¿Por qué? A mí me gustó.

—También lamento eso.

—¿Le disgusta?

—Sí.

Madge inclinó la cabeza permaneciendo así durante unos cuantos segundos. Cuando la levantó, dispuesta a reanudar la conversación, Mike Holliman ya no estaba allí.

* * *

Aquel par de malditos vaqueros habían tenido razón: Mike Holliman no era hombre al que se pudiese vencer fácilmente. Y lo más razonable era seguir el consejo de uno de ellos.

Huir.

Huir lejos ahora que todavía podía hacerlo. Eso era, sin duda, lo más sensato.

Y para huir, Thomas Wallis sólo necesitaba recoger el dinero que tenía en su caja fuerte. Una vez más, se felicitó de tenerlo siempre a mano.

Claro que... Bueno, el dinero no era lo único que él necesitaba para marcharse. Quedaba Lucille. Ella tenía que ir con él. Siempre con él.

Thomas Wallis se inmovilizó en el acto de guardar el dinero en un saquito.

No, no podía marchar sin Lucille. Su vida sin ella no tendría objeto; necesitaba a Lucille. Quería a Lucille. Amaba a Lucille con todas sus fuerzas, la amaba hasta la desesperación. En cambio, ella... ¿Para qué pensar en ello?

No importaba los medios de qué se valiese para mantenerla a su lado, para obligarla a permanecer siempre junto a él. Lo que sí importaba, era que ella continuaba formando parte de su vida.

Su vida. Lucille Howard, en realidad, era toda la vida de Thomas Wallis. No podía marchar sin ella. Y de pronto, irresistible, creció un potente odio hacia Mike Holliman.

—Lo mataré —masculló Wallis—. Iré personalmente a buscarlo y lo mataré. Aunque sea el hombre más peligroso de Texas, lo mataré. Y no me importará morir al mismo tiempo que él.

Thomas Wallis reanudó su agradable trabajo de llenar de billetes el saquito. Cerró la caja. Luego fue a su mesa de despacho y abrió el cajón central.

—Lo mataré —repitió—. Y Lucille se vendrá conmigo... como siempre.

Del cajón sacó un cinto con su correspondiente funda y un Colt 45 nuevo y bien engrasado. Se colocó el cinto, tras tirar su elegante chaqueta a un rincón; también se despojó de la funda sobaquera que contenía el revólver del 38.

Mike Holliman necesitaba balas de mayor calibre.

Wallis echó un vistazo circular a la estancia, buscando algo que quizá tuviese que llevarse también. Nada. ¿Acaso podía necesitar algo más aparte del dinero?

Apagó de un soplo el quinqué, pues ya era de noche y tuvo que encenderlo, y se dirigió hacia la puerta. La abrió, salió y la cerró de nuevo.

Entonces notó el duro contacto en su espalda.

—¿Pensaba irse de viaje, Wallis?

Thomas Wallis no contestó. La voz se había secado en su garganta, Su levísimo conato de ir a por el revólver fue hábilmente interpretado y antes de que pudiese empuñarlo ya había desaparecido de su funda, pasando a manos del hombre que le amenazaba.

Éste prosiguió:

—Todavía no puede irse, Wallis. Entre ahí.

Wallis obedeció... ¿Qué otra cosa podía hacer?

Abrió la puerta y entró, seguido del otro hombre.

—Le diré una cosa, Wallis: aunque es de noche, le veo, perfectamente. Acérquese al quinqué, enciéndalo y permanezca quieto. Al menor movimiento brusco, dispararé y no una sola vez. Obedezca.

Thomas Wallis obedeció.

Y cuando la luz iluminaba con claridad la estancia, preguntó:

—¿Puedo volverme, Porter?

—Hágalo. Despacio... ,Muy despacio, Wallis.

—No llevo más armas.

—Más vale así.

Wallis se volvió. Clem Porter, el alguacil de Lenville, le apuntaba serenamente con su revólver, impávido en su característico gesto de viejo león que se sabe todos los trucos y los mira con indiferencia.

—Ahora puede hablar, Porter. ¿Por qué me amenaza?

El alguacil de Lenville sonrió.

—¿De veras no lo sabe?

—No.

—Entonces, yo se lo diré, Wallis. Sé quién mató a Herbert Robins.

—¿El padre de Madge?

—Justo.

Wallis tardó un poco en preguntar:

—¿Y qué pasa con ello?

—¡Hombre...! —rió Porter—. No pretenderá que deje escapar al asesino, ¿eh?

—Me es indiferente, Porter. Lo que a mí me importa es saber por qué me amenaza, por qué me impide marcharme.

—Usted es un cínico enorme, Wallis. Pero le seguiré su tonto juego. Le impido marcharse porque el asesino de Herbert Robins es usted.

—¿Yo? ¡Está loco, Porter!

—Cuidado con lo que dice, Wallis. Aunque quizá tenga algo de razón, ya que no fue usted quien mató a Robins, sino Cassidy.

Wallis parpadeó.

—¿Cassidy? ¿Se refiere a ese pistolero medio idiota que dicen que mató a su padre porque un día le vio maltratar a su madre?

—Seguro, Wallis. Me refiero a ese Cassidy. Él mató a Herbert Robins.

—¿Y bien?

—Pero seguía órdenes de usted, Wallis. ¿Motivos? Muy estúpidos, según mi opinión: usted quería comprarle el rancho a Robins, pero como él no quería vender, lo hizo matar, en la creencia de que su viuda e hija serían más fáciles de convencer.

—Esto es una broma suya, Porter.

—¿Se lo parece? Más vale que lo tome así. Andando, Wallis.

—¿Me lleva a la cárcel?

—Sí.

Thomas Wallis comenzó a reír. Reía tanto que las lágrimas asomaban a sus ojos. Por fin pudo articular:

—No llegará usted vivo a ella, Porter. ¿Se olvida de que tengo contratados a Gordon y sus hombres?

—No; no lo olvido. No soy ningún idiota. Pero Gordon y sus hombres están muy ocupados con mi aliado. Dudo que puedan prestarle ninguna clase de ayuda. Además, si he esperado a la noche para venir a buscarle, no crea que ha sido porque la cosa me parecía más romántica. Nadie nos verá, Wallis.

—¿A qué aliado se ha referido?

—A Mike Holliman. Hicimos un trato ese muchacho y yo. Mientras él procuraba entretener a Gordon y los demás, yo esperaba el momento para poder apresarle a usted, Wallis. Una vez hecho esto, yo ayudaría al muchacho.

—¿Ayudará usted a un asesino?

Clem Porter se acarició la barbilla, dirigiendo una oblicua mirada llena de maligna burla a Wallis.

—Jamás he ayudado a ningún asesino. Pero hasta ahora, tampoco me he dejado ayudar por ellos, Wallis. Si dejas que Mike Holliman me ayude y luego le ayudo yo... ¿qué consecuencia saca su inteligente cerebro?

—Que usted no cree que Holliman sea un asesino... o que ha decidido dejarse ayudar por uno, aunque sólo sea por una vez.

—Su primera conclusión era la buena, Wallis. Vamos.

—Un momento más, Porter. ¿Quién le ha dicho eso?

—¿Lo de qué usted ordenó a Cassidy que matase a Herbert Robins?

—Sí.

—Se va a asombrar cuando se lo diga.

—No importa. Dígalo.

—De acuerdo. Me lo dijo el propio Cassidy.

Thomas Wallis abrió la boca, asombrado. Luego, dijo:

—¿Pretende hacerme creer que ese hombre ha confesado que cometió un crimen? ¡Eso es estúpido!

—¿Por qué?

—Porque él mismo se pone la soga al cuello.

—La ley no ahorca a los muertos, Wallis. Y cuándo yo encontré a Cassidy, ya estaba muerto.

Brillaron los ojos de Thomas Wallis.

—Entonces, ¿cómo pudo decirle que yo le ordené semejante barbaridad?

—Le asombra, ¿verdad? Nunca pudo pensar que un hombre al que le había disparado dos tiros al pecho tuviese fuerzas para escribir una nota.

—No sé si lo comprendo, Porter.

—Lo comprenderá pronto. Vea —el alguacil sacó un papel del bolsillo—. Tenga, léalo. Es la nota mediante la cual Cassidy confiesa lo ocurrido en él, asunto del asesinato de Herbert Robins.

Porter tendió el papel a Wallis. Y sonrió cuando vio a éste palidecer apenas puesta la vista sobre la confesión escrita de un moribundo.

Thomas Wallis leyó el papel, con manos temblorosas, mientras a cada segundo que pasaba su rostro se desencajaba más y más. Sus manos temblaban convulsivamente cuando devolvió el papel al representante de la ley.

—¿Y ahora, Wallis, qué me dice?

La voz del acusado era un ronco murmullo:

—Sólo una cosa, Peter. Y préstele atención: Cassidy no sabía escribir.

—¿¡Eeeeh!?

—Ha oído bien, Porter. Pero no importa. Acepto la acusación que se hace contra mí por ese crimen. Lléveme a su cárcel.

—Pero..., pero...

—¡Maldito sea, Porter! Me confieso autor o inductor de ese crimen. Confesaré lo que usted quiera: ¿Lo comprende o no? Será un triunfo más para usted. Podrán colgarme. ¿Acaso no le basta eso? ¿Por qué me mira así?

Clem Porter había ladeado la cabeza, siempre con su gesto de viejo león aburrido. Por la ranura de sus achicados ojos brotaba un destello inteligente, perspicaz. Clem Porter tenía casi sesenta años, y conocía muchos tipos de asesinos. Cuando vio a Mike Holliman supo que éste no era un asesino. Y ahora, mirando a Thomas Wallis, supo que:

—Usted no hizo eso, Wallis.

—Se lo dije antes y lo repito ahora, Porter: usted está loco. Si yo le digo que lo hice, es que lo hice.

El alguacil de Lenville meneó negativamente la cabeza.

—Oh, no, Wallis. Usted no lo hizo.

Wallis se adelantó hacia Porter.

—¡Le digo que sí, maldito alguacil! ¿A qué espera? ¡Vamos, lléveme con usted!

Clem Porter aumentó la energía con que movía negativamente la cabeza.

—Ni hablar de eso, Wallis. Pero puede decirme una cosa: ¿a quién está encubriendo? ¿Por qué acepta la acusación?

—¡Es usted un idiota que...!

Wallis se abalanzó contra Porter, furioso. Pero éste, pese a tener el revólver empuñado, no lo utilizó. Hubiese sido demasiado fácil, demasiado de acuerdo con los propósitos de Thomas Wallis.

Éste estaba tan furioso que su puñetazo, durísimo, violento, consiguió lanzar a Porter contra la pared, escapándosele el revólver de la mano...

—Oiga, Wallis, será mejor para los dos qué...

Pero Wallis estaba ciego de odio y despecho. Y Clem Porter se hallaba, por primera vez en su vida, ante un hombre que le golpeaba porque él no quería apresarlo.

El segundo puñetazo de Wallis, más duro que el anterior, alcanzó al viejo león en el estómago, privándole del resuello. Y el tercero, más furioso todavía, en el mentón. Fue tal la potencia de este último puñetazo que el alguacil de Lenville chocó otra vez contra la pared. Y de allí, resbaló, pegado a ella, hasta el suelo.

Thomas Wallis se abalanzó contra el viejo, propinándole patadas en los costados, rabiosamente, y barbotando:

—¡Deténgame, maldito! ¡Vamos, deténgame! ¡Yo lo hice matar! ¡Yo...!

La voz sonó en la puerta del despacho:

—Está bien, Wallis. Quieto ya.

El ofuscado Thomas Wallis se volvió. Inmediatamente desapareció su ofuscación, su furor. El acaloramiento desapareció de golpe, y un frío ramalazo recorrió su cuerpo.

—¡Holliman! —chilló.

CAPÍTULO IX

SE CIERNE LA VENGANZA

Mike Holliman esbozó una sonrisa.

—Seguro: Mike Holliman. ¿Le extraña verme aquí?

—Me es lo mismo.

—No me diga.

Thomas Wallis se desentendió de Mike para inclinarse y recoger un papel del suelo. Era el papel en el que, según Clem Porter, el pistolero Cassidy había hecho su última declaración.

—¿Qué es eso, Wallis?

—No le importa.

—Puede que sí. ¡Déjelo!

—Es sólo un papel...

Holliman se adelantó, dispuesto a arrebatarse el papel a Wallis, pero éste reaccionó, inesperadamente para Mike, que recibió el puñetazo en el centro de la nariz.

El papel revoloteó en su camino hacia el suelo. Wallis se abalanzó sobre él. Lo cogió. Pero cuando se lo llevaba a la boca, la punta de la bota de Mike Holliman se estrelló contra su mandíbula, tirándolo de espaldas al otro extremo de la habitación.

Tranquilamente, Mike recogió el papel, lo desarrugó y leyó su contenido, dirigiendo rápidas miradas al caído Wallis.

Cuando terminó la breve lectura, sus mandíbulas estaban prietas, firmemente encajadas.

—Levántese, Wallis.

—¡No! ¡Márchese! Es a Porter a quien concierne detenerme. Usted no es más que un maldito..., un maldito...

—Dígalo. ¿Asesino? ¿Un maldito asesino?

Thomas Wallis vaciló levisísimamente. Pero lo suficiente para que Mike Holliman frunciese el ceño.

—¿Qué le ocurre, Wallis? ¿Ya no me acusa de asesino? ¿Acaso ya no está dispuesto a sostener que disparé por la espalda contra Archie Howard, el hermano de Lucille? ¿Acaso ya no está dispuesto a sostener que mi hermano Jim hizo aquello? Usted sostuvo muchas cosas hace más de dos años, Wallis. Claro que estaba en otra situación, ¿no?

—Déjeme en paz.

Holliman enfundó su revólver.

—¿Dejarlo en paz? Seguro, Wallis. Y todavía haré más por usted: voy a casarlo. Se casará con Lucille Howard. Será una pobre compensación para la pobre muchacha que ha estado siguiéndole a usted durante todo este tiempo, amándolo y recibiendo a cambio su desprecio...

Los ojos de Thomas Wallis se habían ido abriendo, llenos de asombro, a medida que Mike avanzaba en su perorata. Expresaban tanto asombro, que a Mike no le quedó más remedio que captarlo.

—¿Qué es lo que le asombra tanto, Wallis?

—Nada. ¿Dice que me va a casar con Lucille?

—Yo, no. Buscaremos a quien pueda hacerlo legalmente. Pero antes... antes le enseñaré que no se maltrata a un hombre como Clem Porter ni se asesina a otro como debió ser Herbert Robins. Levántese.

—¡No!

—¿No?

Mike fue hasta donde continuaba tendido Thomas Wallis. Lo cogió por la pechera de la camisa, y tiró de él hacia arriba.

Se arrepintió enseguida, porque la respuesta de Wallis fue fulminante, dura. La ceja derecha de Mike Holliman reventó por su centro, y en el acto la sangre brotó de ella.

—¡Gracias, Wallis!

Ciego de ira, Holliman golpeó en el cuello a Wallis. Luego, en la barbilla, lanzándolo contra la mesa; y cuando rebotó en ésta, hundió su puño derecho en el estómago del hombre que durante dos años había estado odiando en Prettown.

Wallis no podía reaccionar. Delante suyo no tenía a un hombre, sino a una fiera, cuyo odio reprimido brotaba ahora impetuosamente.

El siguiente puñetazo de Mike reventó el labio superior de Wallis y dejó dos dientes flojos en las encías. Otro puñetazo se estrelló contra un pómulo, abriéndolo como si los nudillos de Holliman fuesen afiladas cuchillas.

—¡Basta, basta...!

—Todavía no.

Otro puñetazo alcanzó el hígado del ya casi inconsciente Wallis, que quedó doblado, como un muñeco inservible. El puntapié de Holliman, propinado en la frente con el empeine, lo enderezó.

Pero apenas derecho, Thomas Wallis se arrugó, como una cuerda suspendida que fuesen cortada bruscamente por un punto cualquiera. Cuando llegó al suelo, podía creerse que estaba muerto.

Mike Holliman quedó en pie, aunque vacilante, en el centro de la estancia. Quiso enjugarse la sangre de la ceja con la manga de la camisa, pero no llevaba camisa, y la sangre manchó su brazo.

—Dios...

Tambaleante, se dirigió hacia el mueble de detrás de la mesa de despacho; lo abrió. Un suspiro de alivio brotó de su pecho al ver las botellas de *whisky*. Cogió una y bebió un largo trago.

Las cosas comenzaron a aclararse, y lo que antes había comenzado a girar se detuvo. Se dejó caer en la butaca, con la botella en la mano. Su mirada fue de Wallis a Porter y viceversa.

No le importaba que tardasen un poco en reaccionar. No, no le importaba. Se sentía débil, flojo, apático. Clem Porter fue el primero en volver en sí.

—Hola, Holliman.

—Hola. Su asesino quería escapar, alguacil.

—Ni mucho menos. Quería... —Porter se llevó la mano al mentón—. ¡Diablos, cómo atiza!

—¿Qué quería?

—¿Wallis? Quería que lo encerrase. Extraño, ¿verdad? Tanto más cuanto que estoy convencido de que él no mató a Herbert Robins.

—¿Por qué? El papel así lo asegura. Por cierto, Porter, usted no me enseñó esta tarde ese papel.

—No era necesario.

—Seguramente, no. ¿Por qué está convencido de que Wallis no ordenó matar a Robins?

—En primer lugar, por la reacción que he observado en él después de leer el papel. En segundo lugar, porque el mismo Wallis me ha dicho que Cassidy no sabía escribir.

—¿Y cómo sabía Wallis que ese Cassidy no sabía escribir?

—¿Qué importancia tiene eso? Puede haberlo oído en cualquier sitio y momento; quizá un comentario de Gordon..., ¡qué sé yo!

—Bien, si no ocurrió como dice el papel..., ¿cómo ocurrió y quién fue?
El alguacil se levantó y señaló a Wallis.

—Él nos lo dirá cuando despierte. Lo ha estropeado bastante, Holliman.
Quizá demasiado... para mi gusto.

—Su gusto no es el mío, alguacil.

—Por supuesto. Bien, Holliman, yo pienso cumplir, mi palabra. Usted, a su manera, me ha ayudado, al permitir que llegase hasta Wallis, sin que sus pistoleros se me pusieran por delante. Adiós, Holliman. Clem Porter, el alguacil de Lenville, está perdiendo vista. No lo he visto, muchacho.

—Gracias. Pero todavía no me voy.

—¿Por qué?

—Le he hecho una promesa a Lucille Howard. Y... —soltó una carcajada—. Bueno, he dejado a una mujer en una difícil situación. ¿Sabe usted, Porter, que en estos momentos los hombres de Wallis tienen sitiada a Madge Robins?

—¡Qué dice!

—Se lo explicaré luego. Ahora, mientras usted va en busca del pastor y lo lleva a la habitación donde nos vimos antes, junto con el médico de este cochino pueblo, yo llevare a Wallis. Será una boda...

—Extraordinaria.

—Bueno, algo así. ¿Lo hará, Porter?

—Claro.

—Salga usted primero. Y no se meta ahora con ese Gordon y sus pistoleros. Primero, la boda. Luego, yo saldré a la calle a buscarlos..., si es que queda alguno.

Clem Porter salió.

Dos minutos después, Mike miraba por la ventana. Estaba pensando en salir por la puerta trasera de la casa de Wallis, rodear la calle Mayor, y regresar al saloon por la parte trasera de la otra acera. Pero eso requería demasiado tiempo, demasiado esfuerzo. Y no disponía ni de las suficientes fuerzas ni del tiempo.

La calle Mayor aparecía desierta todavía.

Noche.

Pocas luces.

Pistoleros agazapados.

Peligro para un asesino.

Mike casi rió al pensar que los habitantes de Lenville hablarían durante mucho tiempo de la tarde en que un asesino llamado Mike Holliman se refugió en un saloon y...

Estaba perdiendo el tiempo.

—Tendré que atravesar la calle...

Se acercó a Wallis, lo enderezó y se lo cargó sobre un hombro. Si tenía la suerte de que Gordon y sus hombres reconocían a Wallis, seguramente no dispararían contra él por temor a herir a su jefe.

Sopló el quinqué y salió del despacho de Wallis.

Pocos segundos después, abrió la puerta que daba a la calle Mayor.

Y brusca, inesperadamente, un hombre apareció ante él:

—Señor Wallis, ese maldi... ¡Holliman!

¡Maldito Gordon! ¿Aquel momento había escogido para ir a poner a Wallis al corriente de la situación?

Gordon fue hacia el revólver, y hubiese conseguido desenfundarlo si Mike no hubiese reaccionado mucho más rápidamente tirándole encima al inanimado Thomas Wallis.

Mientras caía, manoteando para quitarse de encima a su jefe, Gordon comenzó a chillar, y su voz se oyó en toda la calle; posiblemente en todo Lenville.

—¡Aquí, muchachos! ¡Holliman está aquí...! ¡No está...!

De no haber estado protegido por el cuerpo de Wallis, Gordon hubiese sido fácil blanco para Mike, pero dadas las circunstancias, y no queriendo Mike matar a Wallis, no le quedó más remedio que tirarse al suelo para esquivar los plomos que ya le disparaba Gordon, con lo que se encontró en desventaja con el pistolero.

Rodó por la acera de tablas, notando mil dolores en todo su cuerpo. Cayó a la calzada, junto a un abrevadero que comenzó a estremecerse bajo los numerosos impactos que recibía.

La reinchada madera fue perforada en varios puntos, y uno de los chorritos de agua cayó sobre Mike, que ni siquiera podía moverse. Su situación era en verdad peligrosa.

Después de los primeros y precipitados disparos, la calle volvió a quedar de nuevo en silencio. Los enemigos de Mike Holliman se estaban reorganizando ahora para dirigir sus ataques contra el frágil abrevadero, defensa incomparable a la que había disfrutado Mike en la habitación del primer piso del saloon de Sprague el Gordo.

—Muy bien, Mike. Tú sabías que no podías vencer sólo en esta lucha tan desigual —se dijo—. Así que aguanta ahora el tipo.

Sonó el primer disparo del ataque ya organizado.

Un segundo después, otro disparo.

Otro segundo después, otro disparo.

Mike Holliman fue oyendo los impactos en diferentes puntos del abrevadero, y lanzó una maldición al comprender la treta del tirador: disparando un plomo cada segundo, lo imposibilitaba para vigilar ningún punto, de modo que el resto de sus enemigos, en pocos segundos, se situarían de tal forma que lo cazarían con entera tranquilidad y comodidad.

Sobre la sangre comenzó a brotar el sudor en el cuerpo de Mike Holliman. El sudor de la rabia, de la impotencia, de la angustia ante lo que era el fin inevitable. Un final estúpido, sórdido, sin haber conseguido nada de lo que buscó cerca de Thomas Wallis.

¿Continuaría éste tirado en la acera, todavía sin sentido?

Cuando se asomó, con toda rapidez, un plomo le arrojó a la cara un puñado de astillas. Ahora caía más agua sobre él, pero no podía hacer caso a semejantes detalles que quizá en otra situación menos comprometida hubiesen constituido para él la nota simpática.

Asomó la punta de su revólver y disparó hacia la acera, sin mirar. La respuesta fue rápida y contundente, obligándole incluso a esconder la mano armada.

Y cuando estaba ya decidido a salir y morir matando vio, al otro lado del abrevadero, los pies, muy separados uno de otro, de un hombre.

Contorsionando el cuello, alzándolo al máximo vio al hombre. Estaba riendo y apuntándole con su revólver. Antes de iniciar el movimiento para disparar contra tan decisivo enemigo, Mike sabía que era imposible adelantarlo.

Y no pudo.

Pero el hombre dio un salto hacia delante, hacia el abrevadero, chocando contra él y echando más agua encima de Holliman. Simultáneamente, Mike oyó el estampido de un revólver y el galopar de un caballo.

Le ayudaban.

¿Era posible?

—¡Aguanta, Mike Holliman!

Un escalofrío recorrió el cuerpo del evadido de Prettown. ¿Estaba delirando? ¿Le habían vencido ya las heridas y el cansancio?

Su providencial refuerzo disparó otra vez, siempre desde el caballo.

Mike oyó un grito de dolor casi encima suyo. Puso una rodilla en tierra, se medio incorporó y vio a un hombre con una mano en un hombro sangrante y con la otra apuntando al jinete.

Le clavó un plomo en la frente, tirándolo hacia atrás, contra la pared.

La situación se había despejado notablemente. Mike se volvió hacia el jinete, y vio sus larguísimas piernas, afincadas en los estribos más largos de lo corriente.

—Ted Burke...

Ted Burke llegó junto al abrevadero, al galope de su caballo. Sin dejar que éste se detuviese, saltó al suelo. Sus larguísimas piernas oscilaron desmañadamente, tropezaron, se abrieron en desmesurado compás y... Ted Burke cayó hacia delante, despatarrado.

Cuando quitó la cara del polvo, y mientras escupía éste en abundancia, vio la crispada faz de Mike Holliman, muy cerca de la suya.

—Hola, Mike Holliman.

—Hola, chico.

—Apuradillo, ¿eh?

—Psé. ¿Qué haces por aquí?

Ted Burke se arrastró hasta el abrevadero, viéndose en grandes apuros para manejar sus larguísimas piernas en tan poco terreno.

—Busco a un asesino, Mike. Me lo ordenaron.

Mike Holliman tardó un poco en contestar:

—No te apures, Ted. Tendrás a tu asesino. Aunque... aunque tendrías que esperar un poco.

Ted Burke inclinó la cabeza.

—Lo siento, Mike —musitó—. Yo no hubiese querido...

—Eres un buen rural, muchacho. Yo me disgustaría mucho contigo si te avergonzases de ello.

—Sé que me comprendes, ¿verdad, Mike?

—Claro —rió débilmente Holliman—, te comprendo. Vamos, ayúdame a salir de aquí y yo te entregaré al asesino que buscas.

—Mike, te repito...

—¡Cállate ya! No tienes que darme explicaciones. He podido notar no hace mucho que has mejorado en el uso del revólver.

—Se lo debo a un asesino.

—Dicha por ti, esa palabra toma otro, significado, muchacho.

—Es que tú no eres un asesino, Mike.

—¿Tú crees?

—Seguro.

—Es una opinión muy personal, Ted. Procura que no te la oigan mucho por ahí. ¿Listo?

—Listo.

—Entonces, sal por ese lado. Yo saldré por éste. ¡Vamos!

Las enormes piernas de Ted Burke se pusieron en movimiento. Al quedar en pie, semejó una enorme sombra irreal. Pero su revólver dio realidad a esa sombra, al disparar hacia otra sombra mucho más real, puesto que gritó y se detuvo en su avance.

En la acera de enfrente se oyó el ruido de un arma al rebotar contra las tablas de la acera. Luego, el sonido más fuerte de un cuerpo.

Y después, el silencio.

—Eh, Mike.

—¿Hu?

—La calle es nuestra.

—Eso parece. Creo...

—¡Cuidado! Todavía queda uno.

Mike Holliman se volvió velozmente hacia el lugar que le señalaba Burke. Un hombre avanzaba por el centro de la calzada. Llevaba enfundados sus dos revólveres, y las manos colgaban flojamente cerca de las culatas.

Se detuvo a poca distancia, y gritó:

—¡Holliman!

Mike sonrió duramente.

—Adelante, Gordon.

Gordon adelantó unos cuantos pasos más.

—Ésta es ya una cuestión personal, Holliman. Le esperó.

—Muy bien, Gordon. Bonito gesto.

—¿Viene o no?

Mike caminó hacia el centro de la calle. También había enfundado su revólver. Ahora ya no tenía prisa, y sus pasos eran lentos, elásticos, medidos.

Cuando estuvo en el centro de la calzada, preguntó:

—¿Ya, Gordon?

—Ya.

Los dos hombres caminaron uno hacia el otro, ambos muy despacio. La prisa, desde luego, no contaba ahora. Dos hombres se enfrentaban. Y uno de ellos tenía que morir. Posiblemente los dos.

Se detuvieron a muy corta distancia uno de otro. Ni siquiera ocho metros. Gordon no parecía preocupado. Su postura era la del hombre que espera su momento, la oportunidad de desenfundar siquiera fuese una milésima de segundo antes que su contrario.

Mike Holliman había conocido a muchos pistoleros. Y al que mejor conocía era a uno llamado Mike Holliman. Seguro. Se conocía bien. Sabía

que en cuanto Gordon hiciese el más mínimo movimiento inicial hacia sus armas, él lo adivinaría.

Aunque quizá no fuese él quien lo adivinaba, sino el diablo que llevaba dentro. El diablo que tantas veces le había impulsado a empuñar el revólver, siempre en el momento justo, en el momento preciso.

Gordon hizo ese levísimo movimiento.

Y el diablo de Mike Holliman susurró su aviso.

Sólo sonaron dos disparos, casi juntos.

Casi.

Solamente casi.

La diferencia estuvo en esa milésima de segundo que puede definir la vida o la muerte.

Uno de los dos hombres había disparado primero.

Gordon enfundó su revólver, rió guturalmente, dio dos pasos hacia delante y se detuvo, mirando con fijeza a Mike Holliman.

Mike Holliman, que empuñaba todavía su revólver, miraba a su vez a Gordon con la misma fijeza empleada por éste.

—Buen... disparo..., Holliman...

Gordon dobló las rodillas. Sabía que estaba muerto, pero se resistía a ello. No quería morir. No quería morir viendo a aquel hombre que había hecho frente, a él y sus hombres... y los había vencido a todos. Incluso a los dos primeros a los emboscados; a Barton y Lefty, los que lo habían esperado la noche anterior, en medio de la lluvia en el convencimiento de que el jinete que era esperado aquella noche no podría defenderse en aquella acuosa oscuridad.

Barton y Lefty habían confiado en él, en su jefe. Habían estado acostumbrados a que cuando él les ordenaba algo, las cosas saliesen bien, de acuerdo a sus instrucciones y predicciones.

Pero aquella noche les había salido mal. Gordon, el jefe que se alquilaba a su vez con todos sus hombres a quien mejor les pagase, había fallado. El hombre que debía morir, según órdenes recibidas de Thomas Wallis continuó con vida...

Y ahora, él, Gordon, estaba pagando las consecuencias.

Polvo.

Y muerte.

Mike Holliman se llegó hasta el pistolero, lo volvió cara arriba con la punta de una bota y se inclinó para mirarle los ojos. La última expresión de Gordon era de perplejidad.

—¿Está muerto, Mike?

—Sí. Vamos, Ted. Estás invitado a una boda.

—¿Crees que es momento de bromas?

—No es ninguna broma. Ven conmigo.

CAPÍTULO X

EL SORPRENDENTE ASESINO

Madge Robins oyó ruido en la puerta. Con el rostro demudado, la muchacha levantó uno de los revólveres que había agarrado del montón que Mike formara con los de los cuatro hombres que había arrojado por el tejadillo del porche.

Y disparó.

La madera de la puerta mostró inmediatamente un limpio orificio, que en el exterior debía mostrarse astillado.

Detrás de la puerta, alguien rió.

Y luego, una voz advirtió:

—Soy Mike Holliman.

Madge corrió hacia la puerta, la abrió, y sin detenerse se echó en los brazos de aquel hombre.

—¡Mike!

Se abrazó a él, convulsa, cerrando los ojos en su agradecimiento a la Providencia, por haberle conservado vivo al hombre que amaba. Agradeció la suavidad con que una de las manos de Mike acarició su cabeza.

Y cuando abrió los ojos, vio, detrás de Mike, al otro hombre. Llevaba un cuerpo cruzado sobre los hombros, y la miraba a ella con los ojos muy abiertos, asombrado.

—¡El rural! Mike, este hombre...

Mike la separó de sí.

—Lo sé. Es un rural. Y al mismo tiempo tiene la desgracia de ser mi amigo. Se llama Ted Burke, y dispara ahora mucho mejor que hace dos años.

—No comprendo...

—Entremos, Madge.

—Pero este hombre..., este hombre viene en tu busca, Mike. Steve y Rudy lo dejaron atado en el granero...

—Siempre tan oportunos. Por suerte para mí. Ted supo hallar la manera de desatarse. Según me ha contado le costó lo suyo. Pero lo consiguió. Todo va bien..., señorita Madge.

—Oh, Mike, quisiera...

—Pasemos adentro, Ted. El alguacil de este pueblo no tardará en llegar.

—Debe tener orden de detenerte, ¿no?

—La tiene. Pero Clem Porter es un poco... especial. Digamos que ve las cosas de un modo muy particular. Buen hombre.

—Mejor. ¿Quién es esa mujer?

Se acercaron a Lucille Howard, cuyos ojos se posaron con temerosa fijeza en Holliman.

—Mike: ¿y...?

—Si vas a preguntarme por tu amado Tom, aquí lo traemos. Déjalo junto a ella, Ted.

Lucille Howard permaneció muda cuando vio a Thomas Wallis, todavía sin conocimiento y muy maltratado su rostro, junto a ella. Desde él, su mirada pasó a Mike Holliman, que murmuró:

—Tuve que defenderme, Lucille. El alguacil vendrá enseguida con el pastor. Os casará. Y espero que no tengas que arrepentirte de hacerlo.

—No..., no me arrepentiré.

Todos oyeron varias pisadas que se acercaban a la puerta. Resonaron con toda nitidez por encima del increíble barullo que se había formado en la calle Mayor de Lenville. La gente, pasado el peligro, había salido por fin de sus casas.

Y la voz de Clem Porter saludó:

—¿Qué tal? Aquí traigo a alguien que puede casar a la gente. Y a dos personajes más que parecen estar bastante disgustados.

Steve y Rudy irrumpieron en la habitación con gestos huraños, empujándose uno a otro.

—Escucha, Mike, este estúpido...

—Mike, el idiota este...

—Callaros los dos. Mucho me temo que os está pasando lo mismo que cuando lo del Banco de Chikshaw. ¿Me equivoco?

Steve y Rudy enmudecieron súbitamente. Se miraron. Luego, miraron a Mike, y Rudy asintió por los dos:

—Tienes razón, Mike: los dos somos idiotas.

—Por lo menos, un poco inconscientes. Por suerte para vosotros, el caso no es el mismo que cuando lo de Chikshaw. Madge se adelantó:

—¿Qué fue lo que pasó en Chikshaw? Hace tiempo que estos dos camorristas mencionan ese pueblo, pero nunca explican lo que ocurrió allí.

Mike Holliman sonrió burlonamente.

—Un día —comenzó—, a dos hombres se les ocurrió asaltar el Banco de Chikshaw. Éste es un pueblo pequeñito, de poca importancia. No podía haber mucho dinero allí, pero parecía suficiente para que un hombre de mediana edad acabase sus días tranquilamente como propietario de un pequeño ranchito. Y esos dos hombres, cada uno por su lado, decidieron asaltar el Banco de Chikshaw. Lo hicieron. Pero uno de ellos se adelantó ligeramente al otro, consiguiendo hacerse con todo el dinero que el Banco guardaba en sus cajas. Cuando se disponía a escapar con él, le salió al paso otro hombre, también con medio rostro cubierto por un pañuelo.

—Amigó —amenazó—, ese dinero es para mí.

—Buen chiste —dijo el otro—. Pero llegó un poco tarde.

—Yo creo que no. Vamos, lárgueme ese saco.

—Cójalo..., si se atreve.

»Los dos hombres fueron a por sus armas, dispuestos a hacerse pedazos para conseguir el botín de aquel asalto que tanto tiempo llevaban planeando. Dispararon a la vez, hiriéndose en una pierna y en un hombro. El saco con el dinero cayó al suelo. Uno de aquellos dos hombres opinó que lo importante era no dejar que se le fuese de las manos su pequeña fortuna. Y se lanzó sobre el saco.

Cuando se levantaba, el otro le golpeó en el estómago, tirándole al suelo. Los dos se notaban mal, muy débiles. Pero el botín era lo importante. Se enzarzaron a puñetazos, rabiosamente...

Bueno, cuando quisieron darse cuenta de lo que les ocurría, los dos estaban atados de pies y manos, encima de un carro y debajo de un árbol del que colgaban dos fortísimas sogas de cáñamo... anudadas a su cuello en forma de bonitos lazos.

—Idiota —dijo uno.

—¡Maldito seas! —chilló el otro.

No los lincharon porque en aquel pueblo había un alguacil que sabía hacer respetar la ley. Pero una semana más tarde los dos estaban en la cárcel de Prettown, condenados a cinco años solamente, dado que no habían causado víctimas en el asalto.

Allí, aquéllos dos hombres conocieron a un asesino llamado Mike Holliman.

Hubo un breve silencio.

Steve y Rudy permanecían con las cabezas bajas, confusos, avergonzados.

Mike Holliman dio continuidad a la realidad de lo que estaba ocurriendo actualmente en aquella habitación.

—Pero los dos hombres cumplieron sus condenas. Salieron libres a la vez, queriéndose uno a otro como si fuesen hermanos. Creo que encontraron trabajo honrado de vaqueros en un rancho de Texas. Y ahora, alguacil, ¿es ése el pastor?

—Seguro. Y hará lo que usted diga..., siempre que sea legal.

—Es legal. Un matrimonio es siempre legal a menos que alguno de los contrayentes exprese su disconformidad. Lucille, ¿quieres casarte con Thomas Wallis?

—Sí, quiero.

El pastor, un hombre rollizo, de saludable aspecto y sempiterna sonrisa, protestó:

—Un momento, joven. Soy yo quien tiene que hacer esas preguntas.

—Lo sé. Tan sólo quería demostrarle que los dos están deseando contraer matrimonio y que, por tanto, la cosa es legal.

El hombre gruñó:

—Yo me daré cuenta de si es legal o no es legal. ¿Quién es el hombre?

—Lo despertaremos. Está un poco maltrecho.

Ted Burke salió de la habitación. Volvió casi enseguida con una jofaina llena de agua, que, tras una seña de Mike, volcó sobre el magullado rostro de Thomas Wallis.

Y lo primero que oyó éste, al volver a la realidad, fue:

—Thomas Wallis: ¿aceptas a Lucille Howard por legítima esposa?

El corazón de Wallis dio un saltó de felicidad. Brincó, latió alegremente, ansioso. ¿Lucille... esposa suya? ¡Lo que siempre había deseado!

Mas de pronto, volvió verdaderamente a la realidad.

—¡No! —gritó.

Estaba sentado en el suelo. Mike Holliman lo obligó a levantarse y acercó su demacrado rostro al de Wallis.

—Escúcheme, Wallis: se va a casar con Lucille, ¿comprende? Ningún hombre puede hacer lo que usted ha hecho con ella y luego negarse a casarse. Lucille no lo ha seguido a usted a todas partes para morir soltera. ¿Comprende esto? Ella le ama. Lo ha sacrificado todo por usted, siguiéndolo,

amándolo. Morirá pronto. Solamente tiene que decir que sí, y las cosas serán más fáciles de solucionar. ¿Qué le ocurre?

Thomas Wallis miraba con expresión de estúpido asombro a Holliman. Y cuando habló, fue para decir:

—Usted..., usted no sabe lo que dice, Holliman.

—¿Qué es lo que quiere decir usted?

—Lucille no me ha amado nunca. Ella no puede querer casarse conmigo. Eso es mentira.

Holliman zarandeó a Wallis.

—¡No sea hipócrita además de canalla, Wallis! Cácese y deje que la muchacha muera en paz.

Thomas Wallis se desasíó bruscamente de las manos de Mike.

—¡Suélteme, estúpido! ¿Qué sabe usted de todo esto? ¿Cree que porque haya pasado dos años en la cárcel es infalible? ¿Cree que yo lo he pasado mejor fuera que usted dentro? ¡Lucille lleva más de dos años odiándome! Es mentira que me ame. Es mentira que me haya seguido por su propia iniciativa. ¿Quiere saber por qué me ha seguido? ¿Quiere saber por qué siempre ha estado en el mismo lugar que yo? Se lo diré: ¡porque yo la he obligado! Y la he obligado porque yo sí la amo a ella. Ella no me amaba a mí, sino, a James Holliman. Sí, a su hermano de usted, Holliman. Eso lo sabían todos. Pero yo conseguí superarlo, conseguí que Lucille fuese para mí, conseguí...

El puño derecho de Mike Holliman se estrelló con violencia contra la boca de Thomas Wallis, tirándolo al suelo. El golpeado escupió sangre mientras, tercamente, continuaba:

—¡Yo la obligué a seguirme! ¡Pero ella no me ama...! ¡No me ama...!

—Levántese, Wallis —Clem Porter le tendía la mano—. Y explíquese de manera que todos podamos entenderlo.

—¡Claro que me explicaré! Esto es para usted, Holliman. ¡Tenga! Lea este papel... Tiene más de dos años, ha sido lo que me ha dado siempre la seguridad de que Lucille estaría siempre conmigo.

Mike Holliman agarró el papel que Wallis había sacado de una costura de sus pantalones.

Y lo leyó en voz alta:

«Yo, Lucille Howard, declaro que la violación y muerte cometida en la persona de Susan Baxter en la tarde del dieciséis de agosto de 1871, fue llevada a cabo por mi hermano Archie Howard, faltando a todos los principios de moralidad y respeto a la ley que él tan bien debía conocer como *sheriff*. Expido la presente carta-documento bajo la presión y dirección de Thomas

Wallis, el cual se compromete a su vez a ayudarme, declarando bajo falso juramento en contra de otra persona. Thomas Wallis vio a mi hermano en su punible acción, pero para favorecerlo a él y a mí, testificará contra cualquier víctima propiciatoria, librando así a mi hermano Archie del deshonor y de la muerte.

Wallsworth, Texas, 1871.

Lucille Howard».

Cuando Mike Holliman terminó de leer la carta, su rostro estaba pálido hasta la exasperación.

Lo tendió a Ted Burke, sin decir nada.

Pero sí habló cuando fue acercándose a Thomas Wallis.

—Maldito..., maldito embustero... Maldito canalla... Mil veces maldito...

Sus crispados puños hicieron comprender a Clem Porter la conveniencia de intervenir, de interponerse entre él y Thomas Wallis.

—Cálmese, Holliman. La ley sabrá reconocer la equivocación cometida con su hermano. Olvídese ahora de venganzas.

Ted Burke, que se había guardado la carta se acercó hasta coger a Holliman por un brazo:

—El alguacil tiene razón, Mike. Esto aclarará muchas cosas... Excepto que tú mataste por la espalda a Archie Howard cuando, según todas las apariencias era un digno representante de la ley.

—¿Un digno representante de la ley? ¿Un digno representante de la ley el hombre que violó y mató a una muchacha y; consintió que otro hombre, al que él mismo mató cuando protestó de su inocencia, cargase con esa vergüenza? Y otra cosa, Ted. Te la dije hace tiempo y te la repetiré ahora: yo no maté a Archie Howard por la espalda. Lo desafié. Aceptó. Pero cuando se vio frente a mí, tuvo miedo. Disparó muy pronto, precipitadamente. Y para cuando yo disparé, él había vuelto la espalda, huyendo. Así ocurrió, Ted.

—Yo te creo, Mike, pero...

Thomas Wallis rió burlonamente:

—Puedo creerlo. Así ocurrió. Mike Holliman acaba de decir la verdad, Archie Howard no era más que un cobarde que merecía morir por la espalda. Aunque Holliman no disparó contra él de esa forma, sino frente a frente, después de dejar que Archie disparase antes. Mike Holliman tiene razón. No es un asesino.

—¡Oh, Mike! —exclamó Madge Robins.

—¿Se da cuenta de lo que está revelando en tan poco rato, Wallis? Esto le llevará a presidio por muchos años.

—¿Qué me importa nada si Lucille va a morir?

—Realmente la ama usted, Wallis

—Más que a nada.

Mike negó con la cabeza.

—No es eso lo que ella me dijo, Wallis.

—¿Qué quería que le dijese? ¿Que si me seguía a todas partes era para que yo no diese a conocer el contenido del papel, que acaban de leer, y ocasionase con ella la muerte de su madre, enferma del corazón, casi una inválida en Wallsworth, su pueblo natal?

—Pero ¿por qué engañarme a mí, haciéndome creer que lo amaba?

—Porque ella quería, en verdad; casarse conmigo.

—¿Para qué?

—Para heredarme. Lucille sabía que me había condenado a muerte. Lo malo para ella fue que uno de los pistoleros de Gordon lo hiriera con tan mala fortuna que parece que va a morir. ¿Morirá?

El pastor se levantó de junto a Lucille, la cual escuchaba con los ojos muy abiertos las palabras de Thomas Wallis.

—Sí —dijo el rollizo casamentero—, morirá.

—Entonces, ¿qué importa todo? Si ella va a morir, y yo pasaré el resto de mis días en la cárcel, puedo contarle todo.

—Ya lo hizo, Wallis.

Thomas Wallis se volvió hacia Clem Porter, el alguacil de Lenville.

—Porter: ¿no le gustaría saber quién mató a Herbert Robins?

Madge lanzó una exclamación ahogada. Y ése fue el único comentario, la única respuesta a la pregunta de Wallis.

Éste explicó:

—Yo quería comprarle a Herbert Robins el rancho, es cierto. Sabía que podía convertirlo en el más hermoso de esta parte de Texas. Lo quería para casarme con Lucille y vivir con ella aquí, siempre. Ella lo sabía, claro. Pero me odiaba. No quería casarse conmigo, pese a la presión que yo ejercía en ella con la carta que firmó hace más de dos años. Yo la amenazaba con que si no accedía a mis deseos en todo momento, su madre se enteraría de la verdad: de la verdad escrita y firmada por ella misma. Archie Howard, un asesino, un canalla. Esa revelación podía costarle la vida a la madre de Lucille. Y ella fue cediendo a mis deseos. Vino conmigo a todos los sitios, fue mía... Pero yo la amaba. La amo. Quería que fuese mi esposa.

Lucille concibió un plan: acusarme de algún delito por el que me ahorcasen. Pero antes, mientras me tuviesen agarrado, ella pediría casarse conmigo, jurándome amor. Sabía que yo me hubiese casado con ella aun sabiendo que iba a morir pocos días después. De esta forma, se hubiese librado de mí y habría conseguido mi dinero. Entonces, hizo matar a la persona que más se prestaba en aquellos momentos para que yo fuese acusado del asesinato: Herbert Robins.

—Eso es un poco fuerte, Wallis —apuntó Porter—. Y ni siquiera sé si debo creerlo.

—Haga lo que guste, alguacil. Pero creo que podré convencerlo. ¿Recuerda que no hace mucho le dije que Cassidy no sabía escribir y que usted intuyó que yo deseaba encubrir a alguien?

—Claro, que lo recuerdo.

—Pues bien. Yo intentaba encubrir a Lucille.

—¿Cómo puede saber que fue ella quien mató a Herbert Robins?

—No fue ella. Fue Cassidy, siguiendo sus órdenes. Luego, Lucille mató al desprevenido Cassidy y le puso el papel que usted encontró en un bolsillo, o donde usted lo encontrase.

—Creo que es usted quien está loco, Wallis. Eso es... monstruoso.

—¿Loco? ¿Dice que estoy loco? —Wallis rió amargamente—. Muy bien, Porter. ¿Recuerda que le dije que Cassidy no sabía escribir?

—Sí.

—Pues ahora, compruebe la verdad, de mis palabras: ¿qué deduce usted comparando la carta que yo les he entregado en la que se reconoce la inocencia de James Holliman, y la que apareció en el cuerpo de Cassidy, el pobre pistolero asesino e idiota?

Mike y Porter juntaron ambos papeles, mirando de uno a otro.

Y el alguacil musitó:

—Es la misma letra...

—Porque fue Lucille quien mandó asesinar a Herbert Robins, y para culparme a mí dejó el papel en el que Cassidy me acusaba... ¡Lucille! ¿Qué...? ¿Qué...?

Lucille Howard estaba incorporada en el sofá. Destacaba su pálido rostro, pero también destacaba el revólver que acababa de arrebatar de la funda de Ted Burke.

En sus ojos brillaba, por encima de la expresión de la muerte, un odio intenso, revulsivo, feroz; un odio incomparable. Un odio que comenzó a desahogarse cuando apretó el gatillo.

Thomas Wallis recibió el primer balazo en el centro del pecho. El segundo perforó su estómago.

Cayó al suelo, aunque todavía consciente. Vio cómo Burke reparaba tardíamente su error arrebatando la pistola de la mano de Lucille, que osciló ampliamente, rozando el suelo.

Thomas Wallis comenzó a arrastrarse hacia ella...

—Lu... Lucille... Amor mío...

El resto de los presentes permanecieron inmóviles, sobrecogidos, paralizados ante la trágica e insólita escena.

Wallis consiguió llegar junto a Lucille. Cogió la mano que oscilaba y comenzó a besarla, trémulo.

—Lucille..., amor mío... No me dejes... No... no me dejes...

Thomas Wallis perdió las pocas energías que quedaban en su cuerpo. Rodó por el suelo; pero tenía tan fuertemente aferrada la mano de Lucille Howard que arrastró a ésta consigo.

Él quedó debajo, y ella encima, como sí auscultase aquel corazón que había dejado de latir. La sangre de ambos se juntó, en el suelo.

Madge, Robins se alejó de allí, para apoyarse en la pared, tan pálida y demudada que podía temerse que se desmayase.

El hombrecillo rollizo musitó:

—Dios... Dios mío...

Los demás permanecieron silenciosos, más sobrecogidos que antes, más paralizados que antes.

Clem Porter fue el primero en reaccionar de un modo efectivo:

—Todos fuera. No quiero a nadie aquí. Usted, Sims, vaya en busca del doctor Siegel. Diga a ese maldito cobarde, que no quiso venir a atender antes a la muchacha, que ya no hay peligro... Y que le ordeno que venga. Que escoja entre eso o que le parta la cabeza.

—Pero... Yo vine a casar a alguien, ¿no?

—Otra vez será, Sims —Porter miró a Madge y Mike, la primera con uno de los brazos del segundo pasado por sus hombros, ayudándole a sostenerse —. Y supongo que no tardará demasiado. Ahueque, Sims.

—Seguro, Porter, seguro. Siegel, ¿eh?

—Sí. Qué venga o le rompo...

—Ya... ya lo entendí... Adiós.

Mike Holliman, agradablemente apoyado en Madge, se acercó a Ted Burke:

—Bueno, muchacho, cuando quieras podemos marchar.

—¿Bromeas, Mike? Todos hemos oído las palabras de Thomas Wallis.
¡Hum! Lárgate. Tú no tienes nada que hacer aquí... Mike.

—¿Qué?

—Esos dos años que has pasado en Prettown...

—Procuraré olvidarlos..., si nadie me los recuerda.

Ted Burke rió. Miró a Madge Robins y dijo:

—Yo creo que incluso habrá alguien que procurará que, verdaderamente, los olvides. Suerte, Mike Holliman.

—Adiós, muchacho.

ESTE ES EL FINAL

Caía la tarde.

Steve propinó un codazo en el costado a su inseparable amigo Rudy.

Eh, míralos. Parecen tontos.

Rudy miró hacia el porche del rancho. Allí estaban Mike y Madge, enlazados por la cintura, mirándose a los ojos.

—Oye, hace quince días que Mike está herido. ¿No crees que ya ha llegado el momento de que se deje de pamplinas y nos ayude un poco?

—Eres, un idiota, Rudy. ¿No ves que se aman?

—Oye, eso de idiota.

Desde el porche, los dos enamorados vieron, como cada día a todas horas, discutir a los dos amigos.

—Al principio —dijo Madge—, creí que se iban a matar de un momento a otro. Ahora, ya no les hago caso.

—Bien hecho.

Había ironía en la voz del totalmente restablecido Mike Holliman.

Ella levantó la cabeza y lo miró:

—Mike.

—Dime, cariño.

Ella sonrió, dichosa. Pero de pronto, hizo un mohín.

—No hace muchos días me dijiste que te disgustaba, Mike.

—¿De veras?

—Sí. El día que murieron Wallis y su...

—Ya, ya. Pero no debes llamar así a una mujer que ha muerto —Mike se acarició la barbilla—. ¿Yo dije que me disgustabas?

—Sí, Mike.

—Bueno, supongo que lo dije, porque no quería que te vieses comprometida conmigo en ningún sentido. Yo era un asesino, Madge.

Ella sonrió, feliz.

—Supe que era por eso, amor mío. Pero ahora puedes decirlo: ¿te disgusta?

Mike Holliman apretó con más fuerza la cintura de Madge Robins. Ella contuvo el aliento, porque conocía ya los besos de Mike Holliman. Y cuando, por fin, sus labios se separaron, ella susurró:

—Ahora estoy tranquila, Mike:

—¿Por qué?

—Porque ya no dirán de ti: «Se busca por asesino».

FIN